PRECIO: $ 1.50

REVISTA DE ARTES Y LETRAS

Año II.—N.º 3. 1.º de Mayo de 1918.

CONSTITUCIÓN

Apuntes del natural, por Isaías Cabezón

Ediciones de ARTES Y LETRAS

SUCESOS

Revista de actualidades
de mayor circulación en Chile
y la única que publica informaciones
gráficas
de los acontecimientos
acaecidos durante la semana
en toda la República.

DIRECTOR:

A. SOTOMAYOR

SANTIAGO — Galería Alessandri 24

VALPARAISO — San Agustín 54

Precio: 50 centavos

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

(SUCESORA DE "LOS DIEZ")

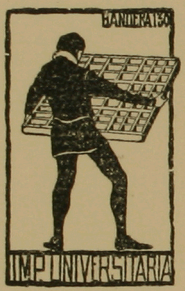
DIRECTORES:

FERNANDO SANTIVÁN — MIGUEL LUIS ROCUANT

Santiago de Chile, Casilla 2455

Año II.—N.º 3 de la Revista

IMPRENTA UNIVERSITARIA
Bandera 130—Santiago
1918


BANDEIRA 150
IMP UNIVERSITARIA

DEL ARTE Y LA BELLEZA

(DIÁLOGO)

En un día de principios de primavera Marcelo del R., Alberto N. y Alcibíades Z., jóvenes estudiantes de cursos superiores, se hallaban reunidos en el parque que se extiende a los pies del cerro del Caracol.

El parque se encontraba en una de esas horas diáfanas en que las cosas se abren a la luz y se dejan atravesar por ella. Un aliento tibio de amor soplaba sobre la tierra. Las aves cantaban mientras el resto de la naturaleza parecía sumido en el exclusivo deleite del silencio y de la luz. Un árbol se había adelantado a los demás en la renovación de su follaje. Su verde brillante era como una sonrisa y una danza de partículas palpitantes bajo el sol. Sus ramas rejuvenecidas se dirigían al cielo en un espasmo de adoración como pidiendo abrazos de amor y bendiciendo a los que se dieran bajo su sombra.

—Sentémonos aquí, dijo Marcelo, señalando un banco del jardín. No subamos todavía. ¡Qué profusión de colores nos ofrecen las flores y las plantas! ¡Qué deleite, qué, regalo extender las piernas y con la cabeza descubierta recibir la caricia del sol, que nos estimula como el cosquilleo producido por millares de alfileres, en medio de este ambiente de belleza que nos penetra! Nuestra naturaleza es hermosa en verdad y al sentirla así se me hace como si de la montaña, del valle, de los

árboles, de los conos nevados de los volcanes, del mar, de los lagos, de los ríos de orillas umbrosas, del cielo, de todas partes brotara un clamor invitando a los artistas a beber en este manantial inagotable de inspiración.

—El arte ante la naturaleza, expuso Alberto, es como la varilla mágica de un panteísmo inmanente. Presta alma a todas cosas. Corot veía la bondad en la copa de los árboles, en la yerba de los prados y en el espejo de los lagos. Millet veía en ellos sufrimiento y resignación. Ruskin amaba como seres animales a las piedras de los monumentos, a los sitios agrestes, a las montañas coronadas de nieves eternas. Considerando una sola de estas cosas, ¿hay en realidad nada más bendito que los árboles? Mientras viven no se aburren de darnos sombra y frutos y de engalanarse para nuestro recreo. Ahí están siempre tranquilos esperándonos, esperando que queramos ir a descansar a su lado, y en su resignación infinita se sonríen de nuestras inquietudes y así ayudan a calmarlas.

—Supongo que Uds., interrumpió Alcibíades, al lado de esta naturaleza, que podríamos convenir en llamar inanimada, no querrán dejar de poner como fuente de arte la naturaleza viva por excelencia, la humana.

—Se entiende. ¿No sabes tú que Rodin ha dicho que el cuerpo de una joven es la maravilla de las maravillas? Y en esto se halla de acuerdo, sin duda, con todos los artistas y los no artistas.

—Eso es.

—La admiración de la naturaleza, prosiguió Alberto, es menester extenderla hasta convertirla en culto a la vida, a una mayor vida y así, al mismo tiempo que indicaremos uno de los defectos de nuestra sociedad, en materia de arte, señalaremos un ensayo de remedio. No ha llegado todavía para nuestras sociedades americanas, ese momento de conjunción gloriosa de corrientes espirituales que dan lugar a las grandes épocas del arte, corrientes que deben ser poderosas por su exaltación en algún sentido, y nuevas por el florecimiento de algún ideal no realizado antes. Nuestra sociedad es aún esencialmente cristiana en el fondo, y el cristianismo ha dado ya en otras partes el

fruto de su arte generalmente triste y sombrío. Tenemos que bucear en las entrañas de lo que sea más que cristiano, hondamente humano, para que no se agoten los surtideros de la creación espiritual. Nos ha faltado también la cooperación del tiempo. Este coloca un sello de veneración en las cosas que perduran y las ofrece, hermoseadas por su pátina, a la explotación del artista. Dentro de lo humano, sugiere más la impresión de belleza pura lo pasado que lo actual, lo que sólo reclama de nosotros contemplación y no acción.

—Efectivamente, dijo Alcibiades, no nos cuesta nada mirar bajo el prisma del arte, a una pareja de jóvenes romanos que se nos figuran hablando de amor en una callejuela de Pompeya, y nos resistimos a considerar de igual suerte a otra pareja de nuestros días que hace lo mismo bajo los tilos de la plaza de la Independencia.

—Maravillosa es, sin duda, observó Marcelo, la virtud del tiempo para embellecer lo que ha convivido largamente con él. Los restos y monumentos seculares de las ciudades europeas inspiran cierta veneración, que no pueden superar las mejores improvisaciones artísticas de las ciudades americanas, que, cuando volvemos del viejo mundo, se nos presentan muy frívolas, con demasiado color. Pero por otra parte, conviene ponerse en guardia contra la tendencia a ver solo en lo lejanamente pasado el campo propicio al florecimiento de lo bello. Este es el defecto en que incurre el académico frío, que no se sonríe ni llora ni palpita, ante los dramas del mundo, y tiene cerrada su alma para lo que no se le presenta revestido de las formas consagradas por los maestros de otros siglos. El arte debe ser escuela de vida y de sentimiento, de busca de lo bello a través de cuanto existe y de expresión de lo que se ha sentido hondamente. De acuerdo con este concepto habría que distinguir dos fases en la separación que tú hacías en estos momentos entre épocas brillantes y épocas de decadencia. Es claro que apreciadas en cuanto a la capacidad creadora, nos ofrece la historia grandes edades, en que el genio despliega sus alas con libertad fecunda, y edades pobres, en que el espíritu dormita aplanado. Pero en lo que respecta a materia para el arte todos los tiem-

pos son más o menos iguales. Algunos artistas y teóricos de la estética han llegado a decir que para el arte no hay nada feo en la naturaleza. Murillo no hizo sólo sus célebres vírgenes. Uno de sus cuadros más notables, representa una viejecita que está despiojando a un muchacho reclinado en sus faldas. Baudelaire dedicó una poesía de inspiración punzante a la que se imaginara la carroña de su amada. Rodin no ha labrado en el mármol solo las formas de la carne joven tersa y vigorosa. Una de sus estatuas representa el cuerpo de una pobre cortesana, flácido y ajado por los dedos implacables del tiempo. Si se nos ofrecen con una aureola de belleza indiscutible, evocadas por lo prosa de Rubén Darío, las hetaíras griegas y las fáciles marquesas del siglo XVIII, que bailan minueto, con peluca empolvada y tacones rojos, también hay belleza en las heroínas de Arauco, en los huasos de nuestros campos y en los negros mineros de Lota, admirable y fraternalmente pintados por la pluma de Baldomero Lillo.

El verdadero artista es una divina alquitara que nos destila todo lo bello que encierran la vida y la naturaleza inanimada. No puede ser simplemente el raro que, armándose de cómodo y pretencioso desdén, se encierra en su torre de marfil para no contaminarse con lo vulgar. ¡Ah, lo vulgar! Cada corazón de mujer y de hombre puede ser un tesoro para el que lo sepa auscultar con amor. Lo grande, lo ostentoso, lo brillante, no agotan el campo del arte. Bajo una apariencia sencilla ofrece la vida lo que forma la sustancia imperecedera de toda sólida elaboración artística y literaria: alegrías y dolores, amores y odio, rachas de toda clase de pasiones. Ahí espíritus nobles y de selección, que no han venido al mundo en la condición que merecen. Ahí la lucha heroica del estudiante que hace prodigios para comer y vestirse, y de la niña modesta, preciosa primavera humana, que trabaja día a día. Ahí, como dice Rodin, la grandeza de la humildad que acepta y cumple dignamente su destino. Ahí también, la brutal impulsividad de los malvados, y al lado de ellos, la abnegación de los buenos, que pasan por la tierra aliviando a los demás en silencio. Así pues, el artista ha de empezar por abrir generosamente su alma a las

irradiaciones de la naturaleza y de la existencia humana en toda su amplitud. Puede en seguida recogerse en sí mismo, ahondar en su ser interior, y transformar, como abeja laboriosa, para ofrecérnoslo, convertido en miel, lo que ha libado en el jardín de la vida. De esta suerte podrá cumplir, además, el arte, con la misión que le señala Guyau de simpatía, de progreso y de solidaridad social.

—Muy bien, hombre, exclamó Alcibiades,—pero más acertado que decir que no existe nada feo en la naturaleza para el arte, sería expresar que todo puede ser materia de arte. Cabría decir, que la mano que esculpió la cortesana ajada y vieja, ha sido tan genial como la que esculpiera la Vénus de Milo; pero no que la Venus y la Cortesana sean igualmente hermosas. A propósito, fijénse en esos dos que van pasando por ahí. Ni ella ni él, son unos desarrapados, pero qué nulidad, qué apocamiento fluye de sus personas. Por el aspecto y la edad no son ni amigos ni hermanos, son un matrimonio. Pero más que un hombre y una mujer unidos por el amor parecen dos socios, que hubieran sumado sus insignificancias para hacer mejor el camino de la vida. Se puede ver hermosura en ellos sólo animándolos con un rasgo supremo de compasión simpática, suponiendo tal vez que en sus almas alientan heroicas resignaciones ante las esquiveces de la vida. Todas las literaturas abundan en tipos feos y deformes que subsisten sólo como admirables caracterizaciones del arte, como representaciones de los variados matices del alma humana. Nuestro Don Quijote y Sancho, no son modelos de belleza plástica, pero ni siquiera han sido tratados con compasión simpática por su progenitor literario. Cervantes suele ser muy cruel con ellos. Cuasimodo, Marianela, innumerables personajes de las novelas de Balzac, de Dickens y de Thackeray corroboran lo que acabo de decir.

—¿No será un síntoma de decadencia, observó Alberto, querer borrar la objetividad de lo bello y de lo feo y suprimir diferencias entre los dos conceptos? Habría que distinguir primeramente por un lado lo feo en la naturaleza, en lo animado y en las cosas, y por otro lado lo feo en el arte. Lo feo en la naturaleza nos produce una sensación de fatiga, de repulsión, de

molestia, que resulta de una manifestación de menor vida, de desarmonía, que, en lugar de significar un estímulo o promesa para nuestras funciones vitales, las contraría. Fundándose también en una aversión instintiva a lo perjudicial para la vida, se puede extender el vocablo a lo espiritual, y decir que lo inmoral, lo indigno, lo incorrecto, es feo. El sentimiento de lo feo vendría a ser como el instinto de conservación manifestándose por algunos sentidos (especialmente por la vista y el oído) y por la conciencia en la apreciación de las formas. Sin embargo, de ese conjunto inartístico presentado por las cosas y los hechos que llamamos feos, puede el artista hacer una obra de arte gracias a la expresión que le comunica. Los borrachos no tienen nada de hermoso en la vida y hay cuadros bellísimos consagrados a ellos. Si pasamos al lado de una mujer engañada y abandonada no nos inspira tal vez más que una compasión un tanto despegada, pero somos capaces de sentir una honda emoción, ante un buen cuadro que represente a esa misma mujer.

—¡Ah sí, dijo Marcelo, más quién sabe si para explicar esas diferencias de actitudes, fuera del elemento artístico que figura en el último caso habría que señalar otro elemento menos noble, el egoísmo humano! El arte nos emociona y lleva consigo la ventaja de que no reclama necesariamente nuestra acción, mientras que las cosas de la vida piden que la emoción vaya acompañada de acción. La miseria en la realidad suele ser repelente. La miseria en el teatro, en la poesía, en las obras plásticas es romántica. Arrojamos lágrimas asistiendo a la muerte de Mimi en la escena, mas preferimos alejarnos de las Mimis que en la vida fallecen de consunción

—Pero no siempre el arte, observó Alberto, se queda suspenso en la mera contemplación. Sobre todo el arte literario, bueno o malo, es hondamente sugestivo e instila sin cesar los gérmenes de futuras acciones. Los suicidas, los bandidos, los tenorios de novelas, despiertan demasiado a menudo en sus lectores el deseo de ser héroes novelescos y los precipitan en desequilibrios lamentables. Se conservan como recuerdos clásicos, los efectos de Werther y de los Bandidos de Schiller. También lo es el caso de sentimentalismo desarrollado por la literatura del si-

glo XVIII en favor del bajo pueblo, que contribuyó no poco a la debilidad e irresolución con que fueron contemplados los desmanes del populacho en las grandes jornadas revolucionarias de fines de la centuria. Así también se ha pasado de llorar por las Mimis del teatro a sacrificarse por las pobres Mimis del mundo.

—Ruskin no comulgaba, continuó Marcelo, con aquello de que no hubiera nada feo en la naturaleza. Al contrario, para que florezca el arte, decía, es menester que exista de antemano un pueblo bello y, ahondando en las raíces de las cosas sociales con su gran corazón siempre empapado de un altruismo sincero, infatigable, batallador, veía que no podían ser bellos pueblos que vivieran en la miseria. Por amor, por caridad y por arte, había que luchar contra la miseria. ¡Qué hermoso lazo atado entre los problemas sociales y los de la belleza!

—En cuanto a lo feo en el arte, prosiguió Alberto, que es la obra del hombre, y, según algunos, el único campo donde puede existir lo feo, nos causa igualmente una impresión de desagrado, de encogimiento de nuestra capacidad vital, de apartamiento ante la impotencia del autor. Salvo que el mamarracho sea tan grande, que resulte cómico de puro ridículo y provoque la risa.

—Pero, ¿qué es lo feo en suma?

—Lo feo sería, según Croce, la expresión equivocada, definición que tiene la virtud de la simplicidad y de corresponder perfectamente a la parte negativa de la belleza, entendida como expresión acabada.

—Por mi parte, yo diría sin citar a nadie, interrumpió Marcelo, que la obra bella resulta de la condensación armónica de lo particular y lo general.

—Se hallan más expuestos a caer en los extravíos de lo feo, continuó Alberto, los que buscan de una manera consciente la expresión bella, los que van tras el arte por el arte, porque, por los afilinigranados caminos que se cree necesario tomar para llegar a la belleza pura, es más fácil dar en lo insincero y en lo afectado. La busca del arte por el arte como aspiración individual es perfectamente justificada, como lo es toda aspiración

ideal y en cuanto persigue la expresión bella sin otra finalidad; pero en cuanto sistema que excomulga a todos los que no ofician dentro de su iglesia, significa una concepcion estrecha. No todas las artes disponen de medios de expresión igualmente puros. El mármol, el bronce, la madera de la escultura y los colores de la pintura parecen llamados a sugerirnos principalmente la impresión de la armonía de las formas. La Venus de Giorgone, virgen dormida en una campiña, nos deleita con la idea de una inocencia que no teme al desnudo, pero, de todos modos, lo esencial en ella es su belleza impecable. Igual cosa cabría decir de las imágenes y ensueños que pueden despertar en nosotros las conocidas Gioconda y Venus de Milo, pero, ante todo, ellas perduran como oraciones geniales de un arte puro. Hay obras plásticas que llevan, además, la expresión particular de un espíritu determinado, como ocurre con un buen retrato, un buen busto, el Voltaire de Houdon, por ejemplo, y hay otras, que parece que hubieran logrado concentrar en su materia, la divina esencia de un estado universal de alma. ¿No representa nuestra Quimera la desolación, la angustia, el ansia insaciable del espíritu humano en su lucha por el ideal? El lenguaje, instrumento de las obras literarias, se aviene menos, en cambio, a servir a la mera expresión de una belleza formal. El lenguaje es, ante todo, el órgano del concepto, de conexiones ideológicas y de estados afectivos, y es justo que nosotros busquemos en las obras literarias esas manifestaciones de la psiquis, y consideremos como palabrería el hueco culto de la forma. Fuera de lo hermoso en las descripciones, la belleza literaria estriba principalmente en la expresión acabada de estados de almas reales o posibles. Significa una noción inexacta del modernismo, el presentarlo como una escuela que busca sólo combinaciones de formas nuevas deslumbrantes. No; la médula del modernismo, su mérito, su justificación ante la vida se halla en que quiere dar formas a sentimientos reales, que no han sabido ser expresados anteriormente, a sentimientos que las modificaciones mismas de la existencia despierta, y, movidos de esta necesidad, los modernistas introducen innovaciones en el discurso, que el porvenir, con su tamiz inexorable, verá si son dig-

nas de subsistir o no. Romain Rolland es modernista, y en su gran obra no asoman los resplandores de la retórica. El estilo, la forma, no son para él objetos de retoques especiales; son siempre la encarnación, la envoltura de algo orgánico, sentido, pensado, vivido.

Fuera de que el medio de expresión influye en que las obras de arte se inclinen más o menos al predominio de la forma o de la finalidad, otra circunstancia que pesa también en uno u otro aspecto, es la dimensión. Es posible que en lo pequeño pueda triunfar el afán de consagrar lo bello en puras formas, sin finalidad; no así en lo grande. Se puede escribir un soneto para que nos deleite ante todo con lo exquisito de la forma, pero no una novela. Puede un artífice fabricar con igual objeto una miniatura de marfil o una figurita de porcelana, pero no un teatro o una catedral, levantados para congregar almas, y que simultáneamente suelen revestir el carácter de monumentos de belleza.

—Además, agregó Marcelo, sin negar la razón de ser que tiene la belleza en sí, el exagerado culto del arte por el arte puede hacer incurrir en el extravío de creer que la belleza es una cosa quintesenciada, que sólo se obtiene por la elaboración de una alquimia genial, y aparta de la sana noción de que encierran belleza casi la totalidad de las cosas naturales y aun los utensilios fabricados por el hombre siempre que sean simplemente adecuados a sus fines. Hay una escala de bellezas desde la difícil que exige preparación, atención y amplitud de espíritu para gozarla, como la música de Debussy, hasta la belleza fácil que fluye de una flor y de los objetos corrientes hechos sin amaneramientos.

—El amaneramiento es el gran enemigo, observó Alberto. Se me ocurre que por esto el dandy no es elegante y la mujer pintada no nos parece hermosa.

—Mal pintada querrás decir, interrumpió Alcibíades. Perdónenme la frivolidad, pero les confieso que siento una benevolencia simpática que me viene de las entrañas para juzgar a la mujer pintada y aun al dandy. Este es un tipo que podríamos definirlo como complicado por fuera y sencillo por dentro, sal-

vo cuando se convierte en un tenorio inmoral. Su felicidad depende, principalmente, de sus prendas de vestir y esto hace que, mirado con cierta filosofía, pueda ser motivo de placer contemplar un hombre tan fácilmente dichoso. ¿No han sentido ustedes jamás la suave placidez que difunden a su alrededor los animales domésticos en reposo, un perro, un gato, dormitando al calor de la lumbre? Resulta de su falta de inquietudes, estado que se nos comunica por simpatía orgánica. Algo semejante puede procurarnos el dandy: es una especie de animal social doméstico. ¿Y por qué se pintan las mujeres, si no es por agradarnos? La mujer es una artista cuyo objeto de arte es ella misma, pero que se adereza con el laudable propósito de gustar. Considerado el caso de esta suerte, en lugar de levantar en contra de ellas la palmeta espiritual del dómine, debemos henchir nuestros pechos de agradecimiento.

—*Rien n'est beau que le vrai* ha dicho Boileau, si mal no recuerdo, observó Marcelo. Lo malo está en que en una tez joven lo artificial suele no ser necesario, y una tez ajada y marchita, da pena; pero andemos un poco por el cerro.

Tomaron la avenida de los aromos que asciende suavemente. Una lluvia de florecillas de oro había caído sobre la tierra, espolvoreadas por el viento, las flores de los aromos que embalsamaban el aire. Subieron hasta el mirador hechos de troncos rústicos que está al fin de la tercera avenida, y ahí se sentaron de nuevo a contemplar el cielo, la ciudad, el río aparentemente inmóvil, como un manto de plata bruñido, las lejanías encantadas.

—¿Observaron esa pareja que nos esquivó el bulto? preguntó Alberto. Mientras nosotros disertábamos sobre la belleza, ellos han estado realizándola en su carácter más intenso, el del amor. Este cerro es un jardín sagrado para los enamorados. ¿Y qué dirá a todo esto la moral?

—¡Oh la moral, la santa moral! contestó Marcelo. El arte sincero, hondo, que va a buscar su inspiración, en los manantiales fecundos de la vida y de la naturaleza no es nunca inmoral. Lo que sume sus raices en la verdadera inmoralidad no es bello. Toda belleza elevada, ha dicho Emerson, contiene

un elemento moral, y es tan ética la antigua escultura como Marco Aurelio. Cosas bellas en el arte pueden chocar a la moral corriente, pero no a la moral amplia, que es propia del arte, moral de anticipaciones, por decirlo así. Un muchacho que roba pan para llevárselo a su madre, puede en cualquier parte ir a parar a la policía y ser vejado, mientras que en un cuento es un pequeño y simpático héroe. La moral corriente le dice al buen funcionario: «resígnate, soporta a tu mujer y a tu suegra y evita el escándalo». O a la inversa, a un pobre corazón femenino, destrozado por la grosería o incomprensión del que le tocara por compañero; «Resígnate, tu papel más noble es el de mártir». En cambio, el arte les dice o hace decir a las individualidades que figura, hay una moral inmanente, superior a la convencional, la moral de tu armonía interior, de tu mayor vida, de tu derecho a no ser sojuzgado por fuerzas inferiores; independízate, lucha, crea, no temas al escándalo. Así, dentro del arte, todo amor sincero y vigoroso puede ser bello. El artista es el sacerdote de la expansión de la vida. Prueba de ello es que sólo las aberraciones e inversiones del amor son feas y repugnan al arte. La moral usual está constituída por las costumbres de un tiempo determinado, y a la moral del arte, puede señalarse como concepto orgánico la intuición abstracta de lo que más convenga a la vida en cualquier tiempo. La austeridad de un Miguel Angel y de un Beethoven enaltece al artista y lo favorece, haciendo que fluyan a dar más esplendor al genio las fuerzas substraídas a los instintos y bajas pasiones, pero aun sin alcanzar a esa altura y sin comulgar con la moral corriente, el artista necesita ser intimamente moral, no desmentirse a sí mismo, para que no se sequen las fuentes de su actividad creadora.

—¿Y estas disertaciones, no conducen, en conclusión, a nada definitivo? observó Alcibíades.

—No, y es una suerte que así sea, contestó Marcelo. Gran ventaja es que los tratados de estética no sean ni puedan ser nunca completos. Por otra parte, esto no le hace mucha falta al verdadero artista. Ningún poeta, ningún orador, ha ido a buscar jamás inspiración en libros de retórica. ¿Te imaginas a

Rabindranath Tagore quemándose las pestañas sobre las obras de los preceptistas? Me lo imagino contemplando con recogimiento las corrientes de la vida y sumiéndose en ellas con fervor religioso, con valor para sentir el frío que llega a los huesos, las sorpresas traicioneras, las angustias de la muerte. ¡Ah, en materia de belleza, lo importante es sentirla y crearla. La belleza es creación, expresión individual de algun nuevo sentimiento. Por algo ha dicho Croce, que escribir sometiéndose a cánones de escuela, no es escribir, a lo más, es hacer literatura. En arte como en filosofía, hay que mantener los ventanales del alma abiertos a las cambiantes impresiones de la existencia y del mundo.

—Con una diferencia desfavorable para la filosofía, observó Alberto. Si es verdad que un sistema de estética como uno de filosofía, no puede pretender nunca alcanzar la perfección, en cambio, la obra individual de arte, un cuadro, una estatua, un poema, tiene la posibilidad de presentarse, en su género, como algo más o menos acabado o definitivo. Mas, esta salvedad no existe para la filosofía, porque en esta disciplina la obra individual y el sistema, comunmente se confunden. Es claro que los destellos del genio en análisis finos, en intuiciones transcendentales, siempre subsisten, pero toda verdadera filosofía deberá empezar por confesar que le es imposible llegar a una completación definitiva de la verdad. El devenir universal queda siempre abierto.

Caía la tarde. Los resplandores del sol poniente teñían de púrpura todo el horizonte. El astro se despedía en un derroche glorioso de colores deslumbrantes, y cambiaba de formas maravillosamente, presentándose ya como un farol chinesco anaranjado. Los cerros de los alrededores tomaron tintes violáceos y las sombras se difundieron por todos los ámbitos. Las luces de la ciudad empezaron a surgir, como estrellas y lunas que brotaran de la tierra.

—La elaboración espiritual, dijo Marcelo, posee la virtud de llevar al alma una dulce serenidad. Meditando y disertando sobre tópicos especulativos, se apartan momentáneamente de

la conciencia los deseos, las pasiones, los temores, las ansias, y quedamos aún más fuertes para la acción futura porque quedamos más puros. A pesar de nuestra insignificancia, podremos afirmar que esta tarde hemos celebrado una de las liturgias de la humanidad nueva.

ENRIQUE MOLINA.

EL OTOÑO EN MI BARRIO

La tarde que se desliza
con húmeda frialdad,
va dejando en la ciudad
una mancha de ceniza.

La torre, blanca de tiza,
se borra en la obscuridad,
y crece la vecindad
porque apenas se divisa.

En los vidrios de la casa,
como llora mi querer,
llora la niebla que pasa.

Niebla... Tarde femenina...
¡Si este amor a una mujer
lo borrase tu neblina!

CARLOS PRÉNDEZ SALDÍAS.

ENSUEÑO — ESCULTURA DE FERNANDO THAURY

ENSUEÑO — Escultura de Fernando Thauby

DEL DIARIO ÍNTIMO DE MAGDA SUDERMANN

A Gabriela Mistral,

casi con humildad.

Mi espíritu, sumido de ordinario en un cansancio quieto, adormecido por la pasión del hijo en el cual quiere cultivar todas las bellezas, se levanta impetuoso algunas veces y su clamor de vida es tan hondo como un desgarramiento.

Pierdo el sabor del sacrificio, y la vida golpea impetuosa sobre las llagas de mi corazón.

¡No sé, no sé qué quiero, porque los hombres todo lo hacen pequeño! Algo deseo tan hondo, que su violencia me aniquila, algo que arranque por un instante siquiera esta niebla dolorosa con que vine a la vida.

Quisiera no tener dilemas. Ir hacia la hoguera con los ojos en alto, y no sentirme destrozada interiormente por el fuego lento de las pasiones que no mueren.

Toda causa es pequeña cuando se lleva en el alma esta locura de grandeza.

Caminando iba. La cordillera con su matiz violeta, vaga y transparente, los árboles vencidos, mi inquieto corazón: todo era poesía y evocación de intensidad. Yo iba como huyendo. La ternura hecha un desgarramiento me cerraba los ojos y toda yo era como un sollozo contenido. Me alejé. Las calles estaban

desiertas, hacía frío y los transeuntes pasaban ligeros como movidos por una misma actividad.

Distante ya, un grupo de sujetos me distrajo. Rodeaban a una mujer que les hablaba de bien. Había en todos los rostros curiosidad y sonrisa. Luego ya nadie sonreía. Sus frases llenas de fe se dejaban oir, sencillamente, y había en cada rostro una expresión de bien indefinible. Dejó de hablar, recogió su pequeño piso sobre el cual estaba sentada y antes de retirarse, nos convocó a orar.—«Padre Nuestro que estás en los cielos»—dijeron, llenas de emoción, todas las voces.

—Cómo me ha conmovido esta sencilla escena!— Esa fe quiero!, esa fe que me lleve ciega a todo, derramando mi vida como una corriente serena!

Es de noche y la calle está desierta. Sola, desde mi dormitorio, miro la luna. Su luz suave y transparente, me llena de dulce poesía. No quiero analizar ni el pasado ni el presente. En mí la fuerza del ensueño es superior a todo. Canta y llora mi corazón, como si aun viviera en los quince años. Los de mi raza fueron los más hondos soñadores y algo de sus ensueños perdura aún en mí. Soy toda ternura y violencia de pasión, y así, amo el sacrificio más que mi vida.

Quisiera que me cojeran unos brazos muy míos, y que me dijeran palabras muy mías. Hambrienta está mi alma de ese acento nunca oído. No importa que su grito sea de vida o de muerte, pero quiero sentirlo en toda yo! Toda entera quisiera descansar en el alma de un hombre. Sueños!, sueños de noche de luna! Mi corazón se inclina sobre el hijo dormido y sé que mi vida entera será sólo para él. Hijo, que esta violencia de ideales se torne en ti ambición de belleza. Que tú y los que vienen repartan por la vida mi ternura.

Sensación de alma he sentido en mi sér.

Una mujer se ha acercado a mi vida. Mudas han sido las palabras y yo diría que nunca sentí un tan hondo impulso de ternura. No hubo recuerdos ni cariños banales, pero yo al pensar que sufre lloro muchas veces y la envuelvo a ella en un deseo de bien tan hondo como el que siento por mi hijo. Tal es mi afecto, que cuando pienso en este trozo vivo de mi carne, en esta vibración de mis nervios hecha un sér, quisiera donárselo, para ver en él reflejado su espíritu. Cuando el cansancio amenaza vencerme, pienso que si ella lo recibiera en sus manos, sería una bendición mi largo sueño. Manantial de ternura te hizo el dolor, santa mujer, y hay tanta pureza de luz dentro de ti, que todo lo dignificas. Léjos ella hace su vida, pero yo sé que si alguna vez su enorme espíritu se inclinara, se bañaría en la suave corriente de mis lágrimas.

Muchas veces pensé, al ver pasar multitudes junto a mí, al sentir la alegre precipitación de la vida, que era duro mi espíritu. Nunca lo conmovieron sus muecas vacías y me eran extraños todos sus afanes. Muchos me tendieron la mano, muchos celebraron la aparente prodigalidad de mi espíritu, pero nadie llegó al punto solo, al punto hondo de mi sér. En el silencio de mi vida, las vibraciones intensas tienen mágicas resonancias. Arrancan sangre. Como un ciego voy, toda oídos siguiendo rastros de lágrimas. Y, esa es mi vida.

Mal estaba y el médico indicó que debía guardar cama. No la dejen ahondar, dicen, temerosos. Como si hubiera, para espíritus como el mío, otro punto de refugio.

Una amiga, que no es violín ni arpa, ha venido a acompañarme. Después de cascabelear largo, me ha pedido que le preste libros. Fué hasta mi escritorio, recorrió los armarios, y, llena de extrañeza, después de hacerle una mueca repulsiva a cada libro me pidió «los que yo leía».—Esos son, le dije, sencillamente.—¡Cómo! Brandau, Molina, Ingenieros, Sollier, Binet, Corel, Feré, Le Dantec, Guyau? ¿Dónde están tus versos y tus no-

velas?—Están en mí, mas de lo que yo quisiera,—le dije con pena. Eso leo, no tengo otras cosas. Las pocas que he tenido las presto y no me las devuelven. Madame Bovary, el Inocente, Ana Karenini, han sido mis tesoros, pero no sé donde andan.—Pobrecita—me dijo, entre asombrada e inquieta.—Ahora, comprendo porqué estás así, te va a matar la aridez de todo esto. Yo pensé: muy al contrario, ellos son mis factores de equilibrio; ojalá resequen algo, mi eterna fuente de inquietud.

Se ha ido la amiga bulliciosa y he vuelto a mi constante círculo de análisis. Hay en cada detalle de mi pieza, desde los muebles de rosa hasta los cortinajes azules, el alma de una mujer que siente. Cada cosa tiene una expresión de alma. Yo sé que si me fuera en el silencio de la noche, suspirarían las sedas azules, y los fragantes pomos impregnarían el ambiente de sensación de ensueños. Sin embargo, allí están reflejando otra faz de mi espíritu, los psicólogos, los patólogos, los moralistas. Arido y seco es esto, como regimen, pero yo los especulo queriendo hacer de mi consciente inquietud intelectual el factor fuerza de mi sér. Me exalta Guyau hasta la pasión. No espero rehacerme, pero quiero a través de mí estudiar, prever, lo que pueda ser mi hijo, para desarrollar y cultivar en él todo lo que pueda hacerlo grande. Sólo mi hijo será lo que será gracias a mí. Tengo un espíritu fuerte, pero mi naturaleza está rendida. Sin embargo, fuerzas tendré para ir palpando la tierra con mi propio corazón. Quiero hacerles, con mi alma, el camino a los que vienen.

Verdad que son áridos mis libros. Al dormirme quedan junto a mi almohada. Muchas veces soñando, siento que me golpean violentamente. ¡Ellos! los encargados de librarme del ensueño...

MAGDA SUDERMANN.

Otoño de 1918.

LA CIEGA

Ella no supo nunca del sol ni de las flores,
ni del azul sereno del firmamento. Ella
ni vió el rostro a su madre, ni el fulgor de la estrella,
ni de la primavera los cálidos verdores.

En el iris divino de sus ojos de ensueño,
no enciende su centella ni una vaga mirada,
y aunque los abre el alba, y aunque los cierra el sueño,
la pobre niña ciega no ha visto nunca nada.

Sus días se deslizan, con taciturna calma,
junto al clave, al que arranca sonidos melodiosos,
y como lleva todos los astros en el alma
sus ojos sin miradas los ven, y están gozosos.

¡La pobre niña ciega! Mas no, que ella no llora.
Su vida es como un río sereno, de infinita,
de honda paz. Ni un tormento la conturba o la agita,
y aunque vive en penumbras, lleva dentro una aurora.

Y conversa del sol, de las flores hermosas,
del cielo, de los astros, de la luna divina...
No las ha visto nunca, pero las adivina
mucho más esplendentes y mucho más gloriosas.

¡Quizás qué mundos sueña su loca fantasía!
¡qué milagros de flores! ¡qué fulgores de estrellas!
¡qué estupendos prodigios de sol! ¡qué poesía
soñadora de luna! ¡qué mañanas tan bellas!

Y así vive la ciega. Junto al clave, arrancando
con sus pálidos dedos, divinas melodías.
En un concierto eterno de claras alegrías
sus horas se deslizan dulcemente cantando.

¡Que jamás esos ojos por un prodigio estraño
se entreabran gozosos, la penumbra vencida,
pues que fuera muy grande, muy cruel el desengaño,
porque nunca es más bella que los sueños, la vida!

MARÍA MONVEL.

VIDA

A Magallanes Moure.

La vida urbana, múltiple y discursiva,
(que los nervios en redes de ígneos garfios apresa)
ora con sus ensueños de doncellez esquiva,
ora con sus mordizcos de loba satireza,

ha tornado mi ánima de mansa en agresiva;
y ansío holgar libérrimo por la naturaleza:
que mi carne desnuda en sus poros reciba
el salvaje bochorno de la fértil maleza;

beber agua azulada en azules esteros,
y dormir bajo un vuelo musical de luceros,
la pupila en el Orto, sin mañana ni ayer;

y al besar una boca de mujer, el amor
de mujer abrevar en la esencia, en la flor,
con la santa ignorancia del amor de mujer.

A. Mauret Caamaño.

Antofagasta, 1918.

ALGO SOBRE LOS TONTOS FAMILIARES

Algún escritor ha señalado—creo que ha sido Jacinto Benavente—cómo los tontos se encargan de hacer el daño que dejan de consumar los malos en la tierra.

Y es exacta la afirmación del escritor: el malvado ejecuta las fechorías con determinados propósitos de propia utilidad o de placer; el tonto causa el perjuicio ajeno sin beneficio alguno para él, hace el mal «de puro tonto»....

El vicio de la psicología a que rindo culto como hombre de mi época, me ha hecho aficionarme a estudiar a los imbéciles con esmero y a clasificarlos en especies, pero no tema el lector que le presente una memoria completa sobre los tontos del país. Sólo me permitiré señalarle, a vuela pluma, algunos casos familiares.

¿Quién no conoce, por vía de ejemplo, al tonto-grave que descubre «irregularidades», con tono catoniano, en todas partes, como si un gran encanto de la vida no consistiera justamente en su irregularidad constante y misteriosa; quien no conoce al peligroso tonto-pillo, incansable proponente de combinaciones comerciales, al tonto literario, el de las citas y recitados a destajo, o al tonto preguntón?

A cada paso encontramos ejemplares variadísimos de tontos en la sociedad y en la política, en los negocios y en las letras, de tontos ufanos que pretenden regir los destinos patrios en la Moneda y el Congreso o informar la opinión pública desde las

columnas de los diarios, y en mil ocasiones hemos reconocido cuan atinada y habilosa es la bizarra observación de Benavente.

¡Cuántas veces se tiene la oportunidad de ver aproximarse a una mesa de agradables charladores del Club al tonto-contradictor, aquel que no encontrando qué decir de su caletre, impugna todo lo que expresan los otros para no quedarse sin emitir una opinión! Si un circunstante apunta: «Hace calor», el tonto-contradictor observa: «Pero en el Brasil hace mucho más» y así, con agudas refutaciones por el estilo, hace la conversación insoportable para los individuos dotados de amplitud.

¡Y cuántas otras hemos maldecido al tonto inquieto y apurón cuando interrumpe momentos verdaderamente gratos de la existencia manifestando que es hora de partir, por no ocurrírsele otra cosa en qué demostrar iniciativa! Por cierto que en un grupo de personas que lo están pasando bien, es siempre la más tonta la que insinúa poner término a la tertulia entretenida, la que propone de improviso: ¿Vámonos?

¡Qué decir del tonto-orador, del que se trepa pausadamente a la tribuna en las ocasiones de mayor solemnidad (en las fiestas de Maipo, pongo por caso) y con escuela de academia de colegio religioso, pronuncia un discurso ramplón e inoportuno, de esos que hacen salir los colores a la cara a los oyentes, aunque no tengan parentesco ni remoto con el autor del atentado contra los fueros de la oratoria y del buen gusto!

Para armar chismes y enredos, no hay nadie tan competente como el tonto-repetidor que abunda tanto. Entiende las cosas mal y las transmite peor. Es una de las variedades bien dañinas de la familia de la imbecilidad y numerosa como la de las moscas en el mundo de los dípteros.

No hay, en buena cuenta, muchas calamidades mayores que la muy tremenda de los tontos. Francamente, no las hay!

Dice una narración fantástica española que un hábil literato y gran vividor,—un Jacinto Benavente—condenado a las penas del infierno y conducido a su fatal destino, no volvía de su asombro al encontrarse en un paraje encantador habitado por

las mujeres más célebres y hermosas de la historia y por los genios e intelectualidades sobresalientes de la humanidad. Y que al interrogar al primer diablo que encontró a su paso en ese paraíso de la belleza femenina y del talento humano sobre la disconformidad que se le revelaba entre la noción del Infierno que en la tierra se enseña y el cuadro maravilloso que aparecía ante sus ojos deslumbrados, el secuaz de Lucifer le contestó: «¡Bah! El Infierno es el que veis. Si echamos a correr datos terribles sobre sus tormentos allá abajo, es para que lo crean los tontos e impedir así que vengan a malograr nuestra vida helénica y dichosa de que vais a disfrutar».

La irónica filosofía del cuento tiene gracia.

Es, en verdad, obra de verdadera selección eliminar a los tontos de cualquier paraje del reino del Señor.

La inmunidad bienaventurada que concedió Jesús a los tontos bíblicos no se refería, sin duda, a los tontos de hoy, al tonto-personaje, ni al tonto-pillo, ni al tonto-enredador.

JUAN DUVAL.

CUESTIONES INTERNACIONALES

La política internacional chilena ha tenido, como la de todos los países, caídas y triunfos.

¿Hay conveniencia pública en que se ignoren los nombres de los que han causado las primeras y los nombres de los que han alcanzado los segundos?

Los artículos de esta Sección, escritos por quien ha penetrado el misterio de nuestra diplomacia, levantarán, hasta donde sea patriótico hacerlo, el velo que sigue cubriendo las figuras de los unos y los otros, de los incompetentes y de los hábiles.

Decíamos, en el número anterior de esta Revista, que nuestro primer artículo sobre cuestiones internacionales había producido desconcierto en las personas cuya actuación pública puede ser comentada en estas páginas.

¿Qué diremos de nuestro segundo artículo? Las cartas que, a raíz de publicar el primero, cayeron sobre nuestra mesa de trabajo con suave lentitud, como gotas de nube veraniega, han llovido ahora, entusiastas y copiosas. Pero, exceptuado un papel de alguien que tuvo vergüenza de su nombre, no son ya, como las primeras, desmentidos, amables anuncios de represalias, advertencias, no: son voces de estímulo, llamados a nuestra

memoria para que no olvidemos la importancia de tal nota diplomática; toques de barniz para avivar el azul o el verde de tal olvidado libro de Cancillería; copias de documentos, testimonios de triunfos...

Pero, como nuestro intento no es resolver ningún problema internacional, sino anotar, con criterio libre de todo interés que no sea el bien del país y el prestigio de su acción exterior, los incidentes que nos parecen dignos de recordación, prescindiremos de los datos y los documentos que se nos ofrecen y continuaremos escribiendo nuestros artículos con la misma serenidad con que los empezamos.

Y esto, a pesar de las invectivas,—que esperábamos,— por haber aludido a éste o a aquél hombre público, por reprobar a un corresponsal sus cargos de venalidad hechos a los congresales chilenos; por haber aplaudido la neutralidad que, con la anuencia de todos los partidos políticos, ha resuelto mantener nuestro Gobierno, y por haber criticado un artículo editorial de *El Mercurio*....

Sobre esto último, debemos hacer una aclaración. Si al decir, que el editorial a que nos referíamos no podía ser atribuído ni a don Guillermo Pérez de Arce, ni a don Joaquín Díaz Garcés, no agregamos a don Juan Larraín, fué, no por inculparlo con nuestro silencio, sino porque nos parecieron suficientes esos dos nombres para dar a entender que el tan comentado editorial no podía ser de ninguno de los redactores de *El Mercurio;* que debía de ser, como lo suponemos, un artículo forastero... Si no fué así, nada más natural que soportar el juicio de sus lectores.

Por lo demás, el agrio artículo editorial con que *El Mercurio* de Valparaíso nos replicó no nos ha extrañado. Vivimos en un curioso país. Nadie puede aquí alzar la voz para opinar sobre asuntos públicos con serenidad e independencia. El que no está conmigo, está contra mí, grita cada uno de los bandos en que se divide la opinión pública, y sus influencias intentan aplastar a quien no se coloque de su lado. ¡Hierro! con el que no ponga su voz en el clamoreo de este grupo vividor y ligero! ¡Fuego! con el que no ponga su voz en este otro grupo ligero y vividor! No se permite querer pureza y altura; no se admite el

soñar; se exige el improperio y el odio. Y los que hemos oído a los unos avergonzarse, como chilenos, de los desaciertos de los otros, y a éstos avergonzarse, como los chilenos, de los desaciertos de aquéllos, no tenemos derecho a decir: ¡Cuidado! Los órdenes políticos y sociales no son eternos. Es preciso acordarse de la juventud, que observa; del pueblo, que atisba; de la opinión extranjera, que nos desdeña o condena a irremediable fracaso como nación.

Cerrar los ojos a esto, es cerrarlos a la luz del día. No hay escritor extranjero que nos visite, que no advierta, a la primera mirada, los defectos tradicionales de nuestra organización social y política, y que no lo diga, ya verbalmente, a quienes por su independencia de criterio se les puede hablar sin temor de patrioteros enojos, ya por escrito, pero no en los libros subvencionados por el Gobierno, como aquellos de Miss Robinson Right, que llegó a decir,—citaremos algo que no nos concierna y lo menos hiriente por no exagerado,—en su libro sobre Bolivia, que la intelectualidad de este país no está lejos de tener su Shakespeare; sino en los libros imparciales, en los que no se siente la influencia esterlina, como, entre muchos, el de Henry Goy.

Hablar de esos defectos, e impugnar la prensa que los justifique es hacer obra de purificación patria. Lo delictuoso está en callarlos, en entregarse al buen vivir y, olvidándose del deber que tiene todo chileno de combatirlos con los medios que tenga a su alcance, levantar, ante esas impudencias públicas, como única enseña de moral, el grito del Dean Swift: «¡Viva la bagatela!»

No. Somos viejos, más por la experiencia que por la edad, y si damos a conocer algo de nuestros asuntos internacionales, velados hasta hoy, en sus incidencias no felices, por los intereses de la camaradería política, no lo hacemos por quitar laureles, ni por afán de notoriedad, sino por referir algo de lo mucho que oímos comentar en voz asordada, de cuanto es el tema circulante por todos los grupos, desde el de los jóvenes, en los corrillos universitarios, al de los viejos, en el Asoleadero de los Culebrones: la frivolidad de nuestra vida política, el dominio

absoluto de la componenda, el desdén de los méritos reales, la autoridad todopoderosa del parentado y la indiferencia de la opinión pública ante las faltas de probidad que brotan, como pústulas reveladoras del estado social, en los Ferrocarriles, en las Aduanas, en la Bolsa...; indiferencia que, para justificarlo todo, no está distante de decir como Lechat a su futuro yerno, en *Les affaires sont les affaires*:—«Nada hay de incorrecto en todo esto, en cambiar lo que se tiene por lo que no se tiene; en cambiar títulos, mandatos electorales, situación social, amor, puestos públicos o privados. Nada más lícito que estas transacciones de valores morales por materiales y, tranquilícese Ud., nada más honorable»!

La filosofía de estas frases, que pueden no ser rigurosamente exactas, porque las citamos de memoria, no es la nuestra.

Y basta.

Chile en América

Han llegado a sus destinos los nuevos Ministros Diplomáticos chilenos acreditados en diversas naciones sudamericanas.

Algunos han sido recibidos con demostraciones de singular aprecio; otros en forma modesta y reservada; y dos, el de Cuba y Venezuela, con amable indiferencia.

Todo esto va bien; pero queda en pie la pregunta: ¿por qué tenemos Ministro en Venezuela, cuando este país no ha acreditado nunca una Legación en Chile? ¿Dónde están los fiscalizadores parlamentarios que no llaman la atención sobre esto, ni sobre la Legación en Cuba que, como la de otros países, podría no estar mal servida por un Encargado de Negocios que fuese al mismo tiempo Secretario de nuestra Legación en Méjico?

Lo esencial para Chile es que se mantengan Legaciones de primer orden en Colombia y Ecuador. El casi abandono en que se tenía la nuestra ante la primera de estas naciones,—estuvo por largo tiempo a cargo de un segundo Secretario con el carácter de Encargado de Negocios,—ha sido subsanado, y por las atenciones que ha recibido el señor Garcés, en Bogotá, y por las frases tan llenas de sinceridad con que el Presidente le

contestó al reconocerlo como Ministro de Chile, creemos que ese Gobierno, grande y buen amigo del nuestro, no insistirá en mantener en Buenos Aires su representación diplomática acreditada en Santiago.

Hemos dicho que algunos de nuestros nuevos Ministros han sido recibidos con demostraciones de inusitada cordialidad: ellos son los señores Muñoz Rodríguez e Eastman. Esos países han querido honrar a Chile y a sus representantes, y lo han hecho con toda amplitud. Ambos diplomáticos, talentosos y cultos, tienen a su cargo una acción de importancia; son aptos para desempeñarla y, conocedores de las tradiciones que han de seguir, la llevarán a término con lucidez.

En Ecuador, nuestro Ministro puede guiar su actividad ciñéndose a las normas que dirigieron la acción del inolvidable patriota don Galo Irarrázaval, quien, a su vez, fué el continuador habilidoso de los señores Aníbal Zañartu, Domingo Godoy y Beltrán Mathieu. La labor del señor Muñoz Rodríguez es fácil y simpática; fácil, porque su talento le indicará el medio de subsanar brillantemente los pequeños tropiezos que pueda tener; y simpática, porque junto con servir los intereses de su país, servirá los del Ecuador.

Igual cosa puede decirse del señor Eastman, en Bolivia. Esa Legación tiene también luminosas tradiciones. La falta de continuidad en la política de nuestra Cancillería ha permitido, es cierto, que no haya producido todos sus frutos la semilla sembrada por don Domingo Santa María, don Luis Aldunate, don Melchor Concha y Toro y don Luis Barros Borgoño; pero el tino y la sagacidad del señor Eatsman pueden mejorar en mucho la situación actual, si no del todo favorable a los intereses de Chile, tampoco desesperada, según se puede apreciar por los comentarios que ha hecho la prensa de ese país de los discursos cambiados entre el señor Eastman y el Presidente Gutiérrez Guerra.

Lo que más necesita esa Legación para conseguir sus fines son dos cosas: primero, instrucciones precisas de nuestra Cancillería y firmeza para mantenerlas; y segundo, que la prensa chilena dispense su apoyo incondicional al discreto diplomáti-

co encargado de darles cumplimiento. Sin rumbo fijo y sin anuencia, ya que no sin aplausos, de los diarios que informan el criterio público, los mejores intentos y las más patrióticas aspiraciones son esfuerzos en el aire.

Nada más podemos decir por ahora. Tenemos confianza en que S. E. el Presidente de la República, ayudado en su labor por las luces y el carácter del actual Ministro de Relaciones Exteriores, señor don Daniel Feliú, sabrá definir, de una vez por todas, la no difícil acción que corresponde ejercer a nuestra Cancillería en sus relaciones con el Gobierno de la Paz. Pocas veces la política internacional chilena ha estado en manos de personas que se completen tan armónicamente como el Excmo. señor Sanfuentes y el señor Feliú: sagacidad y carácter; cultura y firmeza.

En Santiago se espera a nuestro representante en Río de Janeiro, don Alfredo Irarrázaval Zañartu, hermano del diplomático que tanto contribuyó a mejorar las relaciones de Chile con el Ecuador.

Se confía en que el señor Irarrázaval, conocidas como son su actividad y experiencia, logre mantener nuestra amistad casi secular con la gran nación brasilera en el mismo grado de sinceridad que tuvo en la época de don Pedro II.

A pesar de algunas veleidades, esa amistad es en Chile popular; es, sin duda, la primera de todas: la amistad del corazón. Así lo demostró el pueblo de Santiago, espontáneamente, sin estímulos oficiales, no ejercidos por innecesarios, la noche en que llegó a esta capital el Embajador Mello e Franco que regresaba de Bolivia.

Nuestra amistad con el Brasil no tiene nubes en lo pasado, ni encierra peligros para lo porvenir. Inspirado por ella, el señor Irarrázaval Zañartu presta en los actuales momentos inapreciables servicios al país. Los resultados de su misión diplomática, para lo cual le han sido de inestimable valor sus cualidades personales, serán, si no lo son ya, de todos conocidos y por todos encomiados.

Recomendamos la lectura del libro publicado por don Julio Pérez Canto con el título de *Lord Cochrane en Chile.*

Es obra útil, serena, y respetuosa de la verdad histórica. En su página 197 se narran las disidencias ocurridas entre Cochrane y San Martín y se copian de Barros Arana los siguientes párrafos que tan claramente las resumen:

«Cochrane se manifestaba profundamente convencido de que San Martín estaba empeñado en amenguar el poder y el prestigio de Chile y en desorganizar la Escuadra para hacerla pasar al servicio del Perú, y creía que Monteagudo era el consejero más caviloso y obstinado de esta tortuosa política.»

«La opinión pública (la de Chile) por un sentimiento natural y justo de susceptibilidad nacional, estaba prevenida de antemano contra el nuevo Gobierno de Lima. En vista de los hechos que hemos recordado antes, se creía que San Martín y sus consejeros habían sostenido y desarrollado artificiosamente el plan de privar a Chile de toda influencia en el Perú, de arrebatarle todo su prestigio presentando la expedición libertadora como una entidad independiente y en cierto modo extraña al Gobierno y al país que la había creado, y hasta de suprimir el nombre de este último en actos en que no sólo era razonable sino necesario recordarlo. En las nuevas ocurrencias se creyó ver la confirmación de estos recelos y la opinión pública no sólo juzgó a Cochrane como defensor del crédito y del prestigio de Chile, sino que aplaudió sus procedimientos como la obra de la necesidad para mantener la Escuadra y para hacerse respetar de los que pretendían minar su poder y despojarlo de los buques que estaban ya bajo su mando. "En Chile, decía O'Higgins, en carta confidencial a San Martín, se ha aprobado generalmente el uso de los caudales en cuestión para víveres y sueldos de los marineros y las opiniones sobre esta materia se han avanzado más allá de los límites de la moderación". El Senado y el mismo Gobierno, como veremos más adelante, *alarmados por la situación depresiva que se pretendía crear a Chile en los negocios del Perú,* se creyeron en la necesidad de tomar algunas medidas en favor de las tropas nacionales.»

Si esas eran las intenciones de San Martín respecto de Chile, a raíz de los triunfos de la Expedición Libertadora, pueden tener explicación muchos hechos acaecidos en las relaciones de Chile y de la Argentina cincuenta y cien años después.

Chile aportó a esas relaciones más sinceridad, un americanismo más intenso y desinteresado; pero sus diplomáticos se han visto en más de una ocasión envueltos en dificultades nacidas de la misma falta de franqueza de que fué víctima Lord Cochrane.

E. DE SALAVERRY.

RETRATO DEL HOMBRE HÁBIL

Mr. T. Crépon, consejero de la Corte de Casación, es autor de un libro escrito a la manera de La Bruyère y que contiene una serie de retratos de los hombres políticos de la época presente.

Hé aquí el retrato del *Hombre Hábil.*

«Desconfiad de los hombres hábiles, porque con mucha facilidad olvidan que deben ser hombres honrados.

«En muchos casos, la habilidad no es otra cosa que la superioridad de los hombres sin escrúpulos sobre los hombres que se contienen cuando ven el peligro de la deshonestidad y de la injusticia.

«El hombre hábil afirma pocas veces, para poder negar después.

«Cuando falta a su palabra, aparenta cuidadosamente un fingido cumplimiento.

«Tiene la ciencia de eludir las leyes, haciendo rodeos para no faltar a ellas abiertamente.

«Afecta respetar los preceptos de la moral, burlándola cuando puede hacerlo impunemente.

«Jamás marcha adelante; lanza a otros; los anima, los envalentona y, en cualquiera encrucijada, desaparece para ir a engrosar las filas adversas, si divisa el éxito en ellas.

«Pero si el éxito os acompaña sin haber tenido como compañero al hombre hábil, desde las primeras jornadas, podéis es-

tar seguros de que, en la final, pasará a la primera fila y quedará delante de vosotros.

«El hombre hábil sonríe con todos y no se interesa por nadie.

«Muchos lo consideran capaz de prestar un servicio: en realidad sólo se sirve a sí mismo.

«Observa maravillosamente la orientación del viento, lo vigila para estar pronto al cambio oportuno de sus velas hacia el lado que más convenga.

«Se ríe de los hombres que marchan hasta romperse la cabeza contra las viejas rocas del honor y de la conciencia; jamás acude en su ayuda.

«Evita los caminos amplios y prefiere los angostos, sobre todo cuando son obscuros y tortuosos.

«Aprovecha los defectos ajenos y explota los vicios.

«Conoce los medios para desembarazarse de un hombre que incomoda y los emplea sin escrúpulos.

«Busca las amistades útiles, sin considerar si son honorables, y da un puntapié a las que no pueden aprovecharle.

«Hoy, saluda; mañana, inciensa; después, niega.

«Pero hay una cosa que, andando el tiempo, le es imposible adquirir: la estimación de los hombres honrados.

«El hombre hábil es un personaje muy conocido; sin embargo, hay quienes persiguen la suerte de que se diga de ellos: es un hombre muy hábil.

«A los ojos de la multitud se confunde muy a menudo el éxito con la habilidad.

«El éxito fascina y lo cubre todo».

Por la traducción.

M.

LA ESTRELLA

(CUENTO ORIENTAL)

Fué en tiempos remotos, en un reino lejano y olvidado.

Una noche eterna pesaba sobre el país. Nieblas irrespirables brotaban de la tierra y se deshojaban en el aire. Los hombres nacían, crecían, amaban y morían en la tinieblas húmedas. Sólo a veces el viento disipaba las pesadas emanaciones de la tierra y en el cielo distante las estrellas parecían ojos que vigilaban a los hombres.

Era entonces una fiesta general: aquellos que ordinariamente se refugiaban en la soledad de sus chozas sombrías como cavernas, se reunían en la plaza para alzar himnos al cielo.

Los padres señalaban a sus hijos las estrellas y les enseñaban que la felicidad del hombre está en la aspiración que hacia ellas lo atrae.

Adolescentes y doncellas miraban fijamente el cielo y desde la tenebrosidad de la tierra sus almas se enlazaban a él.

Era a las estrellas a quienes los sacerdotes dirigían sus oraciones y los poetas sus cantares. Los sabios estudiaban el camino de los astros, su número y grandor. De esta manera habían hecho ya un importante descubrimiento: «Las estrellas se acercaban a la tierra con una marcha lenta, pero que no se interrumpía jamás». Y habían establecido, después de consultar fuentes indiscutibles, que diez mil años antes era difícil ver a

un paso de distancia la sonrisa sobre el rostro de un niño mientras que ahora podía distinguirse fácilmente hasta a una lejanía de tres pasos. Por lo tanto, era indudable que pasados algunos millones de años el cielo resplandecería de vivas luces y que el reino de la claridad radiante derramaría su gracia sobre la tierra. Y todos vivían aguardando este tiempo feliz y se abrazaban a la muerte sin perder la esperanza.

Así, durante largos años, la vida tranquila de los hombres se deslizó idealizada por una dulce creencia en las estrellas lejanas.

Una vez, que las estrellas brillaban en el firmamento intensamente azules y que el alma del pueblo con muda veneración enlazaba sus ensueños con la eterna claridad, una voz rasgó el velo del silencio:

«¡Hermanos! Comparad la maravillosa claridad de las llanuras del cielo con la humedad y las tinieblas que reinan en la tierra. Mi alma languidece sin vida y sin deseos entre estas tenebrosidades eternales. ¿Qué nos importa que la vida de nuestra posteridad lejana se aclare con una luz no interrumpida? Nosotros también necesitamos de esa luminosidad; y ella nos hace sentir su ausencia más que la falta de aire y de alimento, más que la falta de la madre o de la novia. ¡Quién sabe! Acaso exista un camino que conduzca hasta las estrellas! Puede ser que nosotros seamos capaces de arrancarlas del firmamento y de traerlas a nuestro suelo para hacer la felicidad de toda la tierra! Marchemos, pues, a buscar ese camino y la sagrada luz que da la vida»!...

El silencio cayó nuevamente en la asamblea.

—¿Quién ha hablado?—preguntó alguien.

—Es Adel, el muchacho desobediente y loco.

Y el silencio otra vez reinó algunos instantes.

Al fin, el viejo Isur, el maestro de los sabios, la lumbrera de la ciencia, habló:

«¡Querido adolescente! Todos comprendemos tu angustia. ¿Quién de nosotros no la ha sentido cuando era joven como tú? Pero le es imposible al hombre robarse una estrella del cielo. La tierra está rodeada de abismos, de profundos precipicios

al lado de los cuales se alzan áridos peñascos que no ofrecen ningún camino hacia los astros. Así hablan la sabiduría y la experiencia.»

—No es a vosotros a quienes me dirijo ¡oh sabios!—respondió Adel;—la experiencia cubre con un velo vuestros ojos y vuestra sabiduría os hace tímidos. ¡Es a vosotros, muchachos de corazón audaz, a quienes yo llamo; a vosotros que no estáis aún aplastados por la cobarde prudencia de los viejos!

Y aguardó sus respuestas.

Dijeron los unos: «Seríamos felices si pudiéramos marchar contigo; pero somos la luz y la alegría de nuestros padres y no deseamos con nuestra partida causarles dolor».

Dijeron los otros: «¡Sé bienvenido! Te seguiremos», y varios adolescentes y doncellas se levantaron y partieron tras Adel.

Se les vió alejarse hacia el horizonte temible y oscuro hasta que se los tragaron las tinieblas.

Mucho tiempo pasó sin que se recibieran noticias de los que se marcharon. Las madres lloraban la muerte de sus hijos imprudentes, y la vida continuaba deslizándose como antes. Como antaño, los hombres nacían, crecían, amaban y morían en las tinieblas húmedas, con la dulce esperanza que en miles de siglos la claridad derramaría su gracia sobre la tierra.

Pero sucedió una vez que, en el horizonte negro, el cielo se aclaró de un fulgor vacilante.

La gente asombrada se atropellaba en las calles y en la plaza preguntándose lo que esto podría ser.

En el horizonte el cielo se aclaraba más y más, sobre la niebla se deslizaban sombras palidamente azuladas que atravesaban las nubes y vertían sobre los valles celestes un largo surco de luz, mientras que los oscuros vapores arremolinándose huían espantados y terminaban por perderse en la distancia. Los rayos triunfales se hacían a cada instante más luminosos y la tierra entera se inundaba de una alegría extraordinaria.

—Una tal claridad no puede provenir sino de un astro del cielo,—declaró pensativamente el viejo sacrificador Satzoy.

—¿Pero cómo ha podido descender sobre la tierra?—respon-

dió el viejo Isur, el maestro de los sabios, la lumbrera de la ciencia.—No existe ningún camino que nos conduzca a los astros o por donde los astros puedan descender hasta nosotros!

El cielo, sin embargo, seguía aclarándose y, de improviso, sobre el horizonte brilló un punto luminoso, deslumbrador.

Un grito de alegría resonó en toda la ciudad:

«¡El astro viene! El astro viene!» Y las gentes se precipitaron al encuentro del punto que brillaba en la lejanía.

Rayos claros como el día sujetaban a las nieblas irrespirables y las nieblas vencidas se agitaban y tocaban la tierra. Entonces los rayos las golpeaban, las destrozaban en pedazos y las obligaban a sumirse en el suelo. Todo el horizonte estaba claro y despejado. Y los hombres vieron cuanto espacio libre hay sobre la tierra y cuantos de sus hermanos viven al lado de ellos.

Y corrieron locamente al encuentro del astro que se acercaba. Sobre el camino, Adel marchaba lentamente sosteniendo en alto por uno de sus rayos la estrella que había arrancado del firmamento. Venia solo.

—¿Dónde están los otros?—le gritaron.

—Todos han muerto,—respondió Adel con temblorosa voz; —han perecido en las quebradas y en los precipicios cuando caminaban hacia el cielo.

El alegre gentío rodeaba al portador de la estrella: las doncellas le cubrían de flores y de todas partes se alzaban clamores de entusiasmo:

«¡Gloria a Adel! Gloria a aquel que nos trae la luz!»

El conquistador entró en la ciudad y se detuvo en la plaza sosteniendo siempre en la mano el astro brillante. Y entonces la alegría inundó a toda la ciudad.

***

Los días rodaron. La estrella luminosa brillaba siempre en la plaza sobre el brazo de Adel. Pero después de tanto tiempo la alegría se había ido de la ciudad. Los hombres caminaban enfadados y tristes, bajando la vista y evitando mirarse.

Cuando atravesaban la plaza, sus ojos se encendían de odio ante la presencia de Adel. Ya no se oían ni cantares ni oraciones. Las nieblas irrespirables dispersadas por el astro habían dejado su lugar a un rencor siniestro que se espesaba, crecía y se extendía hasta tal punto que ya se hacía imposible soportarlo.

Al fin un hombre llegó a la plaza. Sus ojos brillaban y su rostro se contraía por el odio que destrozaba su alma:

—¡Abajo el astro! ¡Abajo el portador de la estrella maldita!—gritó desesperado.—¡Hermanos! Es el grito de todos los corazones el que se hace oir por mi boca! Abajo la estrella! Ella nos ha privado de la vida y de la risa! Vivíamos felices en medio de las tinieblas, amábamos nuestras chozas y nuestra vida tranquila! Mirad lo que ha pasado! Ha llegado la luz! Y ahora no encontramos consuelo en nada. Nuestras moradas nos parecen sucias y deformes; las hojas de los árboles son opacas y pegajosas como el vientre de las ranas! Mirad la tierra! Está toda cubierta de cieno ensangrentado! ¿De quién es esa sangre? ¿Quién lo sabe? ¡Mirad! Se pega en nuestras manos, su olor nos persigue hasta nuestra mesa y nuestro lecho, y envenena nuestras humildes oraciones. Ningún sitio se libra de esta luz maldita que penetra a todas partes. Entra en nuestras casas enchar-cadas de cieno, de ese cieno rojo que cubre los muros y las ventanas y que se amontona hediondo en los rincones. ¡Ya no podremos jamás abrazar a nuestras amadas! Bajo la claridad de la estrella de Adel ellas nos parecen más repugnantes que el gusano sepulcral; sus ojos son pálidos como los de las cucarachas y sus cuerpos sueltos están cubiertos de manchones. Nosotros mismos ya no podemos mirarnos. No son hombres los que tenemos ante nosotros, sino la parodia injuriosa de los hombres. Cada uno de nuestros secretos, cada uno de nuestros movimientros escondidos, es iluminado por esta claridad inflexible... ¡Ya no se puede vivir! Abajo el portador de la estrella! Que muera la luz!

—¡Abajo el astro y viva la sombra!—gritó la plebe.—La luz de las estrellas no trae a los hombres más que la desgracia y la maldición... ¡Muera el portador de la estrella!

Y el gentío trataba de emborracharse con sus rugidos de rabia, para vencer el terror que le causaban sus propias blasfemias contra la estrella, y avanzaba hacia Adel amenazador. Pero el astro brillaba en su mano con una claridad mortal y nadie se atrevía a llegar hasta él.

De pronto la voz del sacrificador Satzoy se dejó oir:

—¡Hermanos! ¡Deteneos! Cargáis vuestra alma con un grave pecado al maldecir a la estrella. ¿Qué hemos pedido siempre en nuestras oraciones? ¿Qué nos hace vivir sino la luz? Pero tú también, hijo mio, has pecado como ellos al traer una estrella a la tierra,—continuó dirigiéndose a Adel.—Es cierto que el gran Brahma ha dicho: «Feliz aquel que se una a las estrellas». Pero los hombres, con su sabiduría temeraria, han comprendido mal la palabra de aquel que es universalmente amado. Los discípulos de los discípulos han explicado el verbo de aquel que es todo sabiduría: «El hombre debe unirse a las estrellas, pero sólo con sus pensamientos; y la obscuridad de la tierra es tan sagrada como la luz del cielo». Y tu espíritu ha olvidado esta interpretación. ¡Arrepiéntete, pues, hijo mío! Abandona la estrella; y que la paz de antes reine sobre la tierra.

—¿Crees acaso que si yo la abandono, la paz de la tierra no quedará de todos modos perdida para siempre?—preguntó sonriendo Adel.

Y los hombres comprendieron con terror que Adel hablaba en verdad y que la paz no tornaría nunca.

Entonces, el viejo Isur, el maestro de los sabios, la lumbrera de la ciencia, se hizo oir:

—Has obrado con imprudencia, Adel, y no puedes prever tú mismo las consecuencias que traerá tu locura. Según las leyes de la naturaleza, la vida se desenvuelve lentamente, y lentamente también las estrellas lejanas caminan hacia la tierra. A medida que su claridad se acerca la vida evoluciona. Pero tú no has querido esperar: Has arrancado audazmente la estrella del cielo para iluminar la vida. ¿Y qué ha sucedido entonces? Su desorden ha saltado a la vista de todos, y ella se ha mostrado sucia, lastimera y horrible. ¿Acaso no habíamos ya adivinado que era así? ¿Era ese el problema que había que resolver? No se necesita

gran sabiduría para arrancar una estrella del cielo que aclare las deformidades de la tierra. Ocúpate mejor del trabajo sucio y difícil de su reorganización. Verás entonces si es fácil desembarazarla del barro que desde hace siglos la inunda y si es posible hacer desaparecer este cieno aun con mares enteros de la más clara luz. ¡Qué infantil inexperiencia! ¡Qué desgraciada comprensión de las leyes de la vida! De ese modo, en lugar de la alegría, has traído la tristeza, en lugar de la paz, has traído la guerra. Sin embargo, todavía puedes ser útil a los hombres: destroza tu estrella, guarda de ella solamente un pequeño destello y este pedazo de luz te aclarará la vida en lo que se necesita para llevar a cabo un trabajo fecundo y razonable.

—¡Tienes razón, Isur!—respondió Adel.—Es la tristeza y no la dicha, la guerra y no la paz, lo que esta estrella ha derramado sobre la tierra. Cierto es que yo no preveía esto mientras escalaba las agudas rocas que conducen a las estrellas y veía a mis compañeros rodar a los abismos... Me limitaba a pensar: «¡Sea! Que uno solo de nosotros llegue al fin y lleve la estrella a la tierra y entonces, gracias a su luminosa claridad, la vida será brillante y buena». Pero cuando llegué triunfador a la plaza comprendí que mis sueños habían sido quiméricos, comprendí que teníais necesidad de que la luz celeste fuese inaccesible para inclinaros ante ella en los momentos solemnes de vuestra vida. Preferís sobre la tierra esa obscuridad en la cual podéis ocultaros de los otros. Lo principal es estar siempre satisfecho de sí mismo y de su vida carcomida por el moho. Pero yo he sentido también, mejor que antes, que es imposible vivir esta vida que clama incesantemente de su miseria al cielo por cada gota de su cieno ensangrentado, por cada mancha de su gangrena gris... Por lo demás, puedo consolaros: mi estrella no brillará largo tiempo. Allá arriba, en el cielo lejano, los astros están suspendidos y derraman su propia luz; pero aquel que es arrancado del firmamento y traído a la tierra no puede brillar más que nutriéndose de la sangre de su portador. Siento que mi vida, como por una mecha, deja mi cuerpo y se va a la estrella donde poco a poco se consume. Pronto se habrá disuelto toda entera. Es por eso que la estrella no puede ser transmitida a na-

die. Ella se extinguirá con la vida de su dueño, y cada cual deberá de nuevo conquistarla. ¡Y es a vosotros, gentes buenas y audaces de corazón, a quienes me dirijo! A vosotros que conociendo la luz no queréis vivir en la obscuridad. Id por el ya conocido derrotero y traed aquí nuevos astros! Es verdad que vuestro camino será largo y difícil; pero os será menos árido que lo que nos fué a nosotros, los primeros. Los senderos están trazados, marcados los caminos: volveréis con estrellas y su luz no cesará jamás de brillar sobre la tierra. Entonces, bajo esta luz continua, la vida de hoy se hará imposible; los charcos se secarán; se disiparán las nieblas sombrías; los árboles comenzarán a reverdecer con más claror, y aquellos de vosotros que con arrojo se precipiten ahora en busca de la estrella, serán los encargados de la reorganización de la vida. Sus odios de hoy no provienen más que de la imposibilidad que sienten, bajo la luz, de seguir viviendo como viven. Entonces su existencia será grande y pura, y aparecerá más bella bajo la viva claridad de los astros alimentada por vuestra sangre. Y cuando el cielo estrellado descienda hasta vosotros para iluminar la vida, la encontrará digna de luz y vuestra sangre no será ya necesaria para alimentar esta claridad continua y esternal...

La voz de Adel se extinguió. Las últimas gotas de sangre abandonaron su rostro pálido. Flaqueáronle las piernas y cayó arrastrando su luminosa carga. La estrella rodó al cieno ensangrentado y se apagó.

De todas partes vinieron las tinieblas y se cerraron alrededor del astro muerto. Las nieblas reanimadas se elevaron de la tierra y se arremolinaron en el espacio. Y a través de ellas se abría paso trabajosamente la claridad débil de las estrellas que lucían en el cielo lejano.

*
* *

Los años pasaron. Como en otros tiempos las gentes nacieron, crecieron, amaron y murieron en las tinieblas húmedas. Como en otros tiempos la vida fué de calma y de paz. Pero una inquietud profunda, un deseo insaciable la carcomía en la

obscuridad. Los hombres ensayaban en vano olvidar lo que el astro efímeramente había iluminado. Las sencillas alegrías de antes estaban envenenadas: la mentira se deslizaba por todas partes. Mientras oraba con veneración a las estrellas lejanas, el el hombre pensaba: «¿Si se hallara un ser tan insensato que trajese esa estrella a nuestra ciudad?» Su lengua enmudecía y un estremecimiento de terror reemplazaba al piadoso vuelo.

El padre enseñaba a su hijo que la felicidad del hombre está en la aspiración que le atrae hacia las estrellas... y de pronto, un pensamiento atravesaba su espíritu: «¿Si mi hijo, iluminado por esa aspiración, partiera como Adel en busca de un astro y lo trajese a la tierra?» Entonces, se apresuraba en explicarle que la luz es buena; pero que es locura hacerla descender a la tierra. Y le contaba que hubo insensatos que por ensayarlo habían perecido sin gloria ni utilidad para nadie.

Los sacrificadores enseñaban lo mismo y los sabios lo demostraban. Pero estos sermones resonaban vanamente. Todos los días las malas lenguas hacían comentarios sobre algún adolescente o alguna doncella que abandonara el techo paternal. ¿Para ir adónde? ¿Acaso por el camino señalado por Adel? Y las gentes comprendían con terror que, si la luz volvía a brillar sobre la tierra, sería necesario, de buenas o malas ganas, dedicarse al gran trabajo de que nadie podría librarse.

Con una inquietud torturadora escudriñaban la lejanía con ojos interrogadores y a cada instante les parecía divisar sobre el horizonte el reflejo vacilante de las estrellas que se aproximaban.

V. VERESSAYEV.

Trad. por *J. Arriagada-Herrera.*

EL HERMANO HA LLEGADO

El hermano menor ha llegado...
—El muchacho... ¡Qué grande! ¡Qué hombre!
mi madre, la anciana, gozosa habrá dicho—
mi madre, la santa de pálida tez.
Mis hermanas le habrán abrazado llorando,
riendo, llorando, riendo con lágrimas.
Se habrá estremecido la vieja casuca,
y una sombra ha pasado por ella, tal vez...
(La sombra del padre que fuera de viaje
en la barca pequeña del negro ciprés.)

En silencio ha quedado mi madre, sin duda
pensando qué cosas antiguas y buenas,
tan tristes y dulces, con ese silencio
que semeja el silencio del mar
que no duerme y levanta su pecho tan alto,
en oleadas pausadas y frías,
la mar boba que llora por dentro,
que ni lágrimas tiene de tanto llorar.

Se ha acordado mi madre, sin duda,
de sus hijos ausentes, del padre,
de sus tiempos floridos pasados,
de su primavera dorada y en flor;

y habrá suspirado por mi, por Humberto,
por tenernos a todos, muchachos,
corriendo en la casa, riendo y gritando,
sin saber lo que era ni pena ni amor...

Y al volver la alegría de nuevo,
la charla, la risa, la loca algazara,
la voz del hermano que cuenta su historia
de diez años pasados muy lejos de Ancud,
mi madre y hermanas, en nuevo silencio,
oirán el bramido lejano
del mar, como un canto en sordina, sedante,
Te Deum Laudamus de fuerza y salud.

ANTONIO BÓRQUEZ SOLAR.

1918.

CAPITAN BARON RICHTHOFEN

Hurrah al avión de los aviones
que, más que el águila caudal,
supo violar las tempestades
y al rayo aliado desafiar!

Hurrah al pugnaz barón Richthofen!
Hurrah al as de ases alemán,
que ochenta veces dió la muerte
al contendor, cual él, audaz!

Viril y altivo tras la gloria
domó el espacio, sin jamás
temblarle el pulso, cuando el vértigo
de aerea lid le hizo matar.

Helicoidalmente caía
sobre el contrario; y su espiral
como invisible telaraña
le sorprendía a voluntad.

Rey de las nubes y trincheras,
para él no hubo linde ya
sobre los campos destripados
por la contienda sin igual.

Cual caballero de los aires,
luchó en combate singular
con los más nobles y esforzados
héroes aéreos de esta Edad.

Era su sueño inconmovible
el *über alles* imperial;
y tras tal sueño de grandeza
cayó cual semi-diós sin par.

Dios lo protege en su caída,
pues que le da inmortalidad
en la apoteosis enemiga,
que su laurel mejor será.

Franco-británicos y aliados
fúnebre honor le rinden ya:
Richthofen honra la Alemania;
y honra tambien la Humanidad!

Loor a Francia e Inglaterra,
que honran al héroe alemán:
dichoso augurio del gran dia
de la concordia universal!...

ALLAN SAMAHDY
(Neutral)

Valdivia, 24 Abril 1918.

CORROSIVO ESPIRITUAL

Mi tristeza es horrible por lo fría:
tiene vahos de osario y la marea
de algún sollozo eterno de agonía
que a través de la especie se procrea.

Esta pena viscosa, regulada
por todos los latidos, es la mísera
tristeza subterránea de la Nada
que me corroe víscera por víscera?

Es el dolor *de ser*, y lo latente,
aparejados con el fatalismo
de las leyes del orbe? Es el mordente
de un ayer de sepulcro? Es el abismo?

Mi duelo es un reducto de ancestrales
grietas de alma ganosas de infinito;
es la angustia de todos los ideales
extrangulados en un mismo grito.

Este mal, infiltrado hasta en la esencia
del Yo, adobado con mixturas de astros,
vegeta cual la muerte en la conciencia
y no pasan del ánima sus rastros.

En el día rebalsa sus venenos;
hace buscar el oro de los mares,
el hondo cielo y horizontes llenos
con luces de quimeras seculares.

Hace adorar los pianos y las aves,
el candor de los niños, los colores
que alucinan, la estela de las naves,
las albas, y los vientos y las flores.

En la noche repliega los sudarios
y concentra en el alma su brebaje;
y soy entonces un estradivarios
con los nervios en fúnebre cordaje.

Escalofrío, miedo que gangrena
en un fondal de lágrimas ocultas,
galvanizan la médula de pena
con temblor de cenizas insepultas.

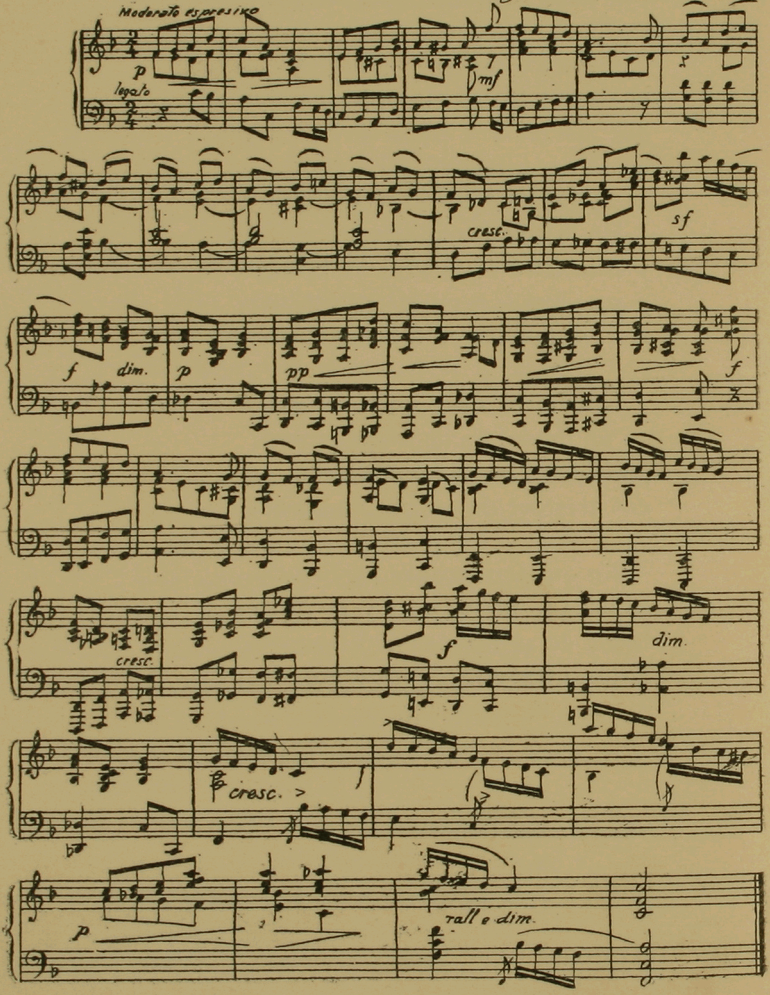
En qué farmacopea legendaria
se halla el tóxico mío, y en qué física
la ley de su mordente? Visionaria,
fatídica tragedia del espíritu,
o algún despojo de la metafísica?

ALBERTO MORENO.

Enero, 20 de 1918.—Valparaíso.

Canción antigua

ENRIQUE ARANCIBIA B.



Sobre un poema

CARTA ABIERTA A PEDRO PRADO AUTOR DEL POEMA "LAZARO"

Estimado amigo: Le cabe a Lázaro la fortuna de ser el único hombre en la tierra—por lo menos, el único de nombre conocido—que haya vuelto del mundo de los muertos. Hay personas que ante este suceso nada trivial y que podemos considerar histórico si, a pesar de Renán, nos place seguir considerando al cuarto evangelio (los demás no hablan del caso) como historiador,—hay personas que lamentan que en aquella época única no haya existido el periodismo, a fin de que los reporters se hubieran apresurado a interrogar a Lázaro sobre sus impresiones de ultratumba. En lo cual esos prismas revelan una superficialidad evidente y, más que todo, una ignorancia absoluta de la psicología del resucitado.

Porque, hay que decirlo: Lázaro no recordaba una palabra de su vida de muerto, si es lícito expresarse así. De otro modo no existirían, entre otras cosas, el monólogo de Hamlet y las religiones...

Habría sido Lázaro un poquillo exigente si, además de hacérsele el dón extraordinario de volver a la vida, hubiera pretendido el de acordarse de la muerte. Este último milagro habría sido ¿no es verdad? más grande que el primero. La resurrección de un muerto no es nada, por decirlo así; pero saber lo que hay

detrás del sepulcro, es algo; digamos mejor, es tanto, que sería suprimir la humanidad, tal como la dejó constituída el pecado original. Porque, a no dudarlo, cuando el Génesis dice que Dios condenó al sufrimiento, por su exceso de curiosidad, a nuestros primeros padres y a todos sus descendientes, lo que en realidad, quiere decir es que los condenaba a *no saber* y para siempre!

Usted, penetrado de esta verdad, deja constancia de ella en los pasajes que copio en seguida, los cuales están escritos en la forma de versificación que a usted le es peculiar, forma, en apariencia de una novedad fácil, pero que yo califico de audaz y temeraria, porque ella obliga constantemente para suplir los prestigios de la rima y del ritmo, a expresar ideas y sensaciones que salgan de lo común. La armonía suple todo, hasta la falta de sentido. Pero no hay manera, para sus versos, de ocupar un pasable término medio: o son admirables o son detestables:

Dice usted por boca de Lázaro:

... toda mi conciencia de la tumba
rueda a lo más hondo del olvido.
¡Ay! para siempre he perdido
el saber que alcanzara en mi agonía.
Por eso lloro...
.....
He pasado y pasamos por la vida
y por la existencia que se sigue a la muerte.
Y cuando rige el imperio de una de ellas
se borra de la otra la memoria.
Gracias, muro inconmensurable del olvido,
atalaya de ambos mundos que en la muerte te elevas!
Oh! recia muralla impenetrable
que nadie escala si no renuncia
a su saber antiguo!
Gracias, porque quién no recuerda
el embeleso de la muerte
puede abrazar la vida con placer.
¿Qué muerto no estuvo entre los vivos?
¿Qué vivo no fué entre los muertos?
Y así con nadie guarda memoria

de su estadía en el materno vientre,
nadie alcanzará jamás a recordar
cuando muerto, a la vida,
cuando vivo, a la muerte.

Después de leer estos versos, tan cargados de ideas, que vuelan penosamente y casi se arrastran, como un ave demasiado bien mantenida, me siento curioso de saber qué imágenes evocarán, en su cabeza de poeta, otros dos aspectos de este mismo fecundo acontecimiento que nos ocupa. Es el primero relacionado con la *segunda muerte* de Lázaro. ¡Materia rica en reflexiones! Es tal el desorden que una resurrección introduce en el orden natural de las cosas y sobre todo en nuestras ideas, que yo ni siquiera puedo concebir como pudo morir Lázaro la segunda y definitiva vez. Me parece que un resucitado no tiene sino dos caminos razonables que seguir: o ser inmortal o elevarse en cuerpo y alma al cielo. Porque, vea usted: para que muera por segunda vez un individuo que, según las leyes fisiológicas, está ya muerto, necesariamente muerto, es menester que un decreto especial de la Providencia lo haga morir de nuevo, al capricho, sin razón material alguna, en un momento tomado al azar; puesto que la naturaleza no podría ya intervenir en un asunto por ella terminado. La naturaleza no puede herir de muerte a un muerto; no puede matar dos veces. Y he aquí como si, poco antes, se nos aparecía milagroso el hecho de resucitar un cadáver, ahora nos parece más milagroso aún el de hacer morir un resucitado...

La otra cuestión a que me refería, héla aquí: usted comienza su poema en el momento en que Lázaro, a la voz de «levántate», se yergue. ¿No sería harto interesante otro poema complementario que tomara las cosas desde más atrás, que explicara cómo y por qué resucitó Lázaro?

Es una fórmula corriente la de que los milagros se verifican por y para la fe. Por la fe: pues ella los produce; para la fe: porque el milagro no es creíble y ni siquiera inteligible sino pa-

ra el creyente. Pero he aquí que en el caso de Lázaro se trata de un milagro verificado *por y para el amor*.

Por el amor: fué el cariño, el inmenso cariño que Jesús profesaba a Lázaro y a sus hermanas, el que lo forzó a volverlo a la vida. Leamos a San Juan: «María, pues, habiendo llegado a donde estaba Jesús, viéndole, postróse a sus pies, y díjole: Señor si hubieses estado aquí no habría muerto mi hermano. Y dijo él: ¿dónde lo pusisteis? Ven, Señor, le dijeron y lo verás. Entonces a Jesús *se le arrasaron los ojos en lágrimas*. En vista de lo cual dijeron los judíos: *mirad cómo le amaba*. Finalmente, *prorrumpiendo Jesús en nuevos sollozos, que le salían del corazón*, vino al sepulcro».

Para el amor: el milagro, a mi entender, no fué realmente sensible sino para las personas que amaban a Lázaro y que, sin duda, aunque éste no se hubiera levantado de la tumba, lo habrían sentido *vivo* y siempre presente en el seno del hogar común, en los objetos, actos y pláticas familiares. De este modo, toda alma tierna es una especie de taumaturgo; ¿quien no lleva dentro de sí un *resucitado*?

He aquí las reflexiones más salientes que he anotado al margen de su poema de usted. ¿Y no es esta también una manera de milagro en Chile: un poeta que haga pensar?

Su poesía es excitadora y no recuerdo en este momento ninguna que lo sea tanto.

ELIODORO ASTORQUIZA.

PAVURA

(DEL LIBRO INÉDITO «MI RELICARIO»)

El recato inmenso de las verdes linfas
en los mares hondos me causan pavor;
creo ver sirenas vestidas de ninfas

prestas al engaño de un perverso amor,
y cuando al ocaso contemplo las blondas
de las níveas olas en continuo hervor

creo que son brazos que las glaucas ondas
fingen cariciosos para atar mejor...
Cuando al cielo miro las nubes redondas

sutiles, veloces, de áureo fulgor,
como corazones que sufren martirios,
anhelos, fusiones... me causan pavor!

Los bosques obscuros llenos de misterios
de sordos rumores, de oculto confín,
sin luces de auroras, danme calofríos

de intensos tremores, de dudas sin fin;

semejan las brozas siniestra guarida
de buhos hambrientos en mudo festín!

Pero más pavura, más cruel herida
me causa en su frente una sombra sutil...
¡Con tal de borrarla, daría la vida...

CLARY.

CARIÁTIDE

Ivy

Me dijo alguna vez, poco tiempo antes
de que ciñese el azahar su frente,
que su alma eternizaba los intantes
atándoles las alas con la mente.

Y descubrí en sus ojos dos diamantes
cuya humedad, como de clara fuente,
atenuaba el furor de coribantes
en diva danza ante un altar clemente.

Ví en ellos su alma de jardín y cielo,
por donde cruza, en infinito vuelo,
la luz sobre un abismo, que es profundo.

Y las grandezas son para ella exiguas,
pues como las cariátides antiguas
sonriendo lleva en su cabeza un mundo.

R. Brenes Mesén.

EL CONVENTILLO

La casa tiene una apariencia exterior casi burguesa. Su fachada que no pertenece a ningún estilo, es desaliñada y vulgar. La pared pintada de celeste ha servido de pizarrón a los chicos de la vecindad, que la han decorado con frases groseras y mordaces; con líneas y rayas absurdas marcadas con carbón y mil caricaturas risibles y canallescas.

La puerta del medio permite ver hasta el fondo del patio. El pasadizo está casi interceptado con artesas, braseros, tarros de desperdicios y una cantidad de objetos arrumbados a lo largo de las paredes, ennegrecidas por el humo.

En el patio se ve un hacinamiento de muebles deteriorados y utensilios fuera de uso que yacen ahí por negligencia o previsión de sus dueños. Sobre una mesa, aprisionadas en tarros y cajones, algunas matas de hiedra, claveles, rosas y juncos elevan sus brazos multiformes en un impulso irresistible de ascención. El verde tonalizado de las plantas se desprenden del conjunto incoloro y sin fisonomía de las cosas.

Los pequeños harapientos del conventillo gritan y chillan, mientras bromean con los quiltros gruñones y raquíticos.

Al lado de cada puerta, sobre braseros y cocinas se calientan tarros con lavazas, tiestos con puchero y teteras con agua; pegado a las paredes ascienden el humo manchándolas de hollín, y por sobre los tejados forma una mancha densa que se pierde en el espacio.

El patio parece una colmena. Un ruido continuo de chillidos, gritos y exclamaciones se funden, ahuyentando al silencio. Las viejas toman mate junto a sus puertas; otras mujeres lavan cerca de la acequia gritando amenazas a sus chicuelos y hablando por los codos.

Un viejo paralítico de cara terrosa y arrugada, toma el sol en un rincón del patio. Sus manazas negras y encallecidas se apoyan sobre un bastón. A ratos alza la cabeza, da una larga mirada indiferente y luego vuelve a su posición.

Cerca de él, una mujer de senos caídos y movibles hace una excursión higiénica por la cabeza de su hija. Esta grita con voz débil y prolongada. Su madre la amenaza con chancarle el hocico si no calla. La chiquilla sigue gritando en el mismo tono; entonces la mujer se irrita, empuña la mano y la deja caer como un combo sobre la cabeza de su hija. La muchacha comprende que su madre no es aficionada a la ternura, y aminora la energía de sus gritos hasta convertirlos en sollozos ahogados.

El pequeño Víctor—hijo de la inquilina de la puerta—mientras seguía tras el quiltro «Sáfiro» se ha caído achatándose las narices en el empedrado del patio; su madre que lo espiaba, lo atrapa y descarga sobre su cuerpo una lluvia de palmetazos.

—¡Ah, maldito chiquillo! ¿Por qué me haces sufrir? ¿Dí... bruto?

El verdulero que leía su biblia se interrumpe: ¿Por qué le pegas tanto al chico, pecadora? ¿No sabes que Jehová se enoja?

—¡Qué me importa a mí tu Jehová!... ¡Viejo entrometido!... ¡Métete en tus cosas y no en las mías!

El viejo sabatista se contiene y alzando los ojos exclama: «Sé clemente Jehová» y sigue deletreando la biblia.

A la izquierda del último cuarto, queda un buen trecho de patio acoplado por trastos dejados por los arrendatarios; allí hay esqueletos de faroles, mesas de pino y de raulí; regaderas y demás tiestos de latón agujereados; colchones con sus telas desgarradas; una mesa Luis XV, de patagua con su cubierta

despedazada y un cuadro quiteño con Jesús y María encerrados en un marco de caoba.

Barrilones voluminosos se resecan inútilmente en un rincón, junto a una infinidad de piezas y utensilios diversos, patinados con polvo y lodo que parecen resumir la historia miserable de la plebe.

Perdida entre la montaña de objetos está la habitación del abuelo Bautista. Es un cuarto obscuro, bajo de techo y mal oliente. Se entra a él por una puerta minúscula, que el viejo asegura con tres candados en sus horas de ausencia.

Bautista es trapero. Día a día, a la hora de siempre, sale de su covacha con un saco a la espalda y un grueso bastón en la mano.

Vuelve después del medio día. Abre la puerta, deja el bastón en el marco y el saco frente a su piso.

Hace fuego y mientras se calienta el puchero, arrincónase en la semi obscuridad de su boharda a examinar los hallazgos del día. Un juego de cajones y tarros hacen de estantes. Allí se encuentran mil utensilios de diversos usos y épocas.

Penden de la pared grabados antiguos que representan escenas de la Edad Media; un cartón obscuro deja adivinar la silueta de una mujer debilmente esbozada; más allá, un bastón de caprichosa figura y un paraguas casi abierto proyectan una sombra rara en la pared; sobre un cajón, un tomo con tapas de pergamino hace compañía a un candelero de cobre que está junto a un chuico de barro arequipeño.

Los demás cajones están llenos con objetos de porcelanas, vidrio y cristal dan al cuarto un aspecto de bodega.

Bautista fué sacando papeles despedazados, pedazos de metal, cartones, trapos colorados, cucharas oxidadas y una variedad de minucias deformes que iban guardando en diferentes cajones.

Cuando terminó la labor, retiró el puchero del fuego y lo vació en un plato. Acercó el piso a la puerta, se arremangó la camiseta hasta los codos y empezó a comer. Comía con lentitud y mascaba de una manera larga y ruidosa.

Y la misma escena se repetía diariamente.

Es de noche. La sombra borra la fisonomía del conventillo y se prolonga en todas direcciones. La luz de una lamparilla de petróleo palidece y se ahoga en la sombra.

Por los rincones del patio los vecinos charlan formando manchitas movibles.

La hija de una vecina, sentada sobre un banco afina el arpa. Las notas tiritan en el espacio y se fugan rumoreando.

En la atmósfera danzan multitud de arpegios que se multiplican y se alejan...

Un vecino pide una canción. La voz asciende en un lamento suave para languidecer en cada verso. Vuelve a nacer y en mitad del verso se alarga hasta morir en un suspiro...

...Llorando lo más sentida...
en un rincón la encontraba...

Y en el intervalo de cada estrofa, la música del arpa, prolonga la tristeza del ambiente. Nadie conversa. Dentro de cada uno el recuerdo se encamina del presente al pasado anudando los detalles de cada vida.

Hasta Bautista y el viejo verdulero se han quedado silenciosos en un rincón; pero el zapatero que es hombre poco dado al sentimentalismo, pide una cueca y se acerca a la tocadora; entonces el arpa se estremece al contacto de la manos que bailotean en su cordaje; su música se desgrana tumultuosamente. Vibra sonora y animada.

La luz de la luna hace transparente la sombra.

Se reanuda la charla. Bautista enciende su pipa, mientras que su compañero le habla de Jehová y del pecado.

Los cuartos se abren y nuevos inquilinos engrosan el grupo y los chiquillos menos interesados al espectáculo huyen al fondo del patio donde organizan un juego cualquiera.

Alicia, la mujer del ciego, aprovechando la ausencia de éste, trae la lámpara y la coloca sobre una mesa despaturrada. La sombra se aparta del centro y se hace más densa en los rincones.

La cueca empieza. Alicia baila con el zapatero. Sus cuerpos muévense acompasadamente siguiendo el ritmo musical. El

arpa comunica una extraña animación al grupo que dicharachea y se entusiasma y anima la cueca con palmadas.

El zapatero se transforma. Su cuerpo se hace liviano y flexible, sus pies taconean fuertemente. Su rostro se mantiene alzado.

Alicia, con los ojos bajos, muévese con lentitud provocativa.

El zapatero la persigue tenaz, con las pupilas encendidas.... Los movimientos obedecen a la mímica de mil giros diversos; sus cuerpos parecen tocarse; pero de repente ambos giran rompiendo la intención del romance mímico y el bailador se aleja seguido por su compañera. Y el mismo romance se repite varias veces en la cueca hasta que la voz se rompe en la altura y ambos giran en derredor quedando frente a frente.

Siete de la mañana. La mayordoma, una vieja chica, deformada, con la cara surcada de arrugas y la cabeza envuelta en un trapo empieza a barrer.

El patio decorado con piedras, cáscaras de sandía, papeles y demás inmundicias abandonadas por el centro y los rincones, hacen dificultoso el barrido. La vieja ciñe sus manos ganchudas al mango de la escoba y con ella empuja las piedras y basuras que apenas se mueven. Pasa la escoba una y otra vez hasta que concluye por impacientarse y arremete a puntapiés con las piedras, que en esta ocasión se arrastran algunos metros.

La vieja se detiene jadeante y deja escapar por su boca desdentada un surtido de insultos dirigidos a los inquilinos que sistemáticamente le llenan el patio de porquerías.

—¡Ah, y pensar que una ha sido decente! exclama. Y con movimiento de cabeza indica su renunciamiento al pasado, coge la escoba y sigue barriendo.

El conventillo se despereza. Algunas mujeres y chiquillos, con los dedos en los ojos, entreabren las puertas. De los cuartos salen diálogos bulliciosos.

La tísica ya está en pie y se sienten sus trajines por la pieza.

Tose, tose continuamente, y su tos breve martillea en el pecho. Saca un viejo sillón de mimbre y se sienta al sol.

El sol cae sobre sus senos y multitud de rayitos se deslizan a lo largo del vestido, manchándolo de luz.

Apoya sus manos huesudas en los brazos del sillón y mueve su cabeza a ambos lados. Sus ojos hundidos, buscan a una vecina a quien hacerle sus eternas confidencias, y como no encuentra a otra, las emprende con la vieja mayordoma que lleva medio patio barrido.

Habla con cansancio y su voz chilla como corneta de juguete.

—¡Ah, señora, anoche creí morirme; fíjese que no pude dormir. Cerraba los ojos y parecía que el catre subía... subía con rapidez espantosa; se me apretaba la garganta, y cuando los abría, el catre estaba donde mismo; entonces mis ojos, sin querer, se iban para el lado y veía, señora, una calavera con pelo rubio, que se reía moviéndose como un péndulo. Parece que se reía con todos los huesos; pero no me daba miedo... yo alargaba la mano como para agarrarla... y se escurría para debajo del catre, entonces yo alzaba la colcha y la miraba y ella se movía, riéndose, y me parecía que de repente iba a estallar en una carcajada... Cerraba los ojos y el catre subía... subía.

—Ah, señora; y la tos, la maldita tos que me ahogaba.

Y como el tema empezaba a agotarse, daba comienzo al relato de sus enfermedades, hablando siempre en el mismo tono, detallando hasta el cansancio y recomenzando a propósito de cualquier nimiedad; recordar su niñez, su casamiento, el primer parto y mil cosas más, que las repetía constantemente en su conversación, que duraba todo el día.

Han pasado varios días; Carlos, el marido de la tísica, se despertó en un amanecer admirado de no oirla toser ni hacer ningún movimiento. Empezó a contarla que en la noche anterior se había emborrachado sin darse cuenta, mientras conver-

saba con los maestros; pero la tísica parecía no escucharle; se enderezó y vió que su mujer no respiraba.

Se había muerto en la noche con las manos empuñadas y los ojos entreabiertos. Entonces el pobre hombre empezó a sollozar y a tirarse los cabellos furiosamente.

Pronto las vecinas se impusieron e invadieron la pieza. Miraban a la muerta con ojos curiosos y espantados y cada una agregaba una frase a la plática que iba enumerando todas las virtudes y bondades de la tísica; todos estaban de acuerdo en que habían terminado sus padecimientos; que en vida había sido muy buena y amistosa. El viejo sabatista que vendió temprano sus verduras había llegado, y cuando supo la noticia se acercó y después de contemplarla un momento, improvisó un discurso rudo compuesto de axiomas fúnebres que combatían los vicios y vanidades humanas; dijo que tanto el rico como el pobre eran iguales, porque ambos nacían de la tierra y volvían a ella, donde primero eran pasto de gusanos y polvo abandonado después.

Bautista, antes de irse a trabajar, entró trayendo un paquete de velas que depositó a los pies de la muerta. Pasó un largo rato mirándola, y luego se fué, moviendo los hombros.

Mañana la llevarán al cementerio, y cuando alguien mate a otro, o una muchacha aburrida abandone su hogar, nadie ya recordará a la tísica muerta.

GONZÁLEZ-VERA.

PARRAFOS DE FOGAZZARO

De una traducción castellana de *Los Orígenes del Hombre,* hacemos, de algunos párrafos, otra nueva versión exegética.

Primero va el juicio general: Fogazzaro tiene: cincuenta de sabio, cuarenta de religioso y diez de poeta. Cosas bien semejantes todas para que las distinga el que las posea; pero que el público vislumbra un poco más claro.

«Los modernos rechazan, que el origen de la vida sea anterior a su comienzo en la Tierra. Sin embargo, Rosmini y Spencer sospecharon que el origen de la vida estaba en las afinidades químicas y en las energías físicas de los minerales; anteriores a los vegetales y anteriores a los animales.

Le-Bon, Pietet y otros han demostrado últimamente que la materia, sea en átomos enérgicos y aun en gérmenes y hasta células vivas, pero inactivas, ha venido del espacio, es decir, del Universo vivo.

El Universo, así, toma en nuestra mente una magnificencia que nos entusiasma al contemplarlo, y las creaturas de los cielos, que corren y que ruedan por sus inmensas órbitas, parecen hacerlo voluntariamente por la energía de sus espíritus.

El mismo polvo de la Tierra se torna más augusto, y nos parece que el santo de Asís, tan tiernamente amante de todo, lo adivinaba cuando decía: «hermano fuego, hermana agua». Nosotros agregaremos: ¿El Panteísmo universal, en qué difiere de Dios?

Más adelante agrega: «A Dios no le agrada que eclesiásticos y gobernantes sean de escaso talento y saber: mas le agrada que sientan la belleza del color, la línea, sus armonías; la belleza de las almas, de las ideas, de los sentimientos y de la palabra. El Creador de la inteligencia quiere que se le glorifique por la misma belleza del Arte».

Dón divino es el genio del poeta y el compositor; pero es también resultado de la infinita evolución de la materia hasta el momento en que se producen; luego el fin del Arte y el fin de la creación tienden a glorificar el espíritu que las impulsa.

En el amor hay que considerar también su evolución: ¿Qué fué al principio? El instinto sexual apareció mucho después que los primeros organismos y, el amor, propiamente tal, comienza a manifestarse mucho tiempo después del instinto sexual.

En los animales inferiores o anteriores al amor, empieza a manifestarse en forma de selección sexual; de celos, de sacrificios, de tendencias inorgánicas. Del instinto sexual nace el deseo de una unión más exclusiva y duradera; más completa.

La vida tiende a producir un animal monógamo capaz de amar así. Entre el amor y el instinto hay armonía dentro de ciertos límites; hay antagonismo más allá. El conflicto entre la preparación anterior y la tendencia futura estalla en el hombre.

Es el más grande de los conflictos de las leyes de la naturaleza. El espíritu tiende a sobreponerse al instinto para dirigirlo a la forma de unión donde él domina, y el cuerpo tiende a sobreponerse a la inteligencia para hacerla cómplice de las uniones en que a él le toca dominar.

Sin embargo, todas las fuerzas de la evolución tienden a elevar el espíritu por encima del cuerpo. Domina el deseo de la unión entera, exclusiva, perenne, en que dos inteligencias asociadas gobiernan y cooperan a la acción creadora universal, conforme a su marcha ascendente.

El arrobamiento del alma en el amor, el deseo de unidad en lo infinito y en lo eterno, son comunicaciones divinas que se agregan al elemento humano superior, por su victoria sobre el elemento inferior.

En la masa general humana y a través de todos los tiempos, se ha debatido el conflicto entre la poligamia y la monogamia; pero en los extremos de esta inmensa mayoría de hombres, hay dos minorías en polos opuestos; los cegados por el solo imperio del instinto sexual y los que no los satisfacen nunca.

La primera es un rebaño miserable; la segunda, si bien es verdad que contiene algunas naturalezas más bien soberbias y frías que nobles; surge sobre las multitudes como un grupo sobrehumano e impone respeto al mundo.

Entre los santos no son raros los ejemplos de un amor enteramente exento de sexualidad, aunque radicando en el sexo. No es irreverente el consignarlo, porque el afecto por la creatura, se confundió en estos casos con el afecto por el Creador.

La imposibilidad legal o moral sucede en el mundo, parece que ésta fuera como el albor de otro estado que vendrá, y hacia el cual la especie humana marcha siempre, y adonde converje el *neque nubent* de Cristo.

Claro está que esta aurora no resplandece tan pura todavía; pero ya alumbra. Comienza el odio a lo que es contrario al divino plan de la evolución, con el temor de bajar del estado humano al estado brutal. Comienza la pasión de ascender.»

Entrando en otra materia, dice: «Al explicar la palabra creadora leída en la evolución del Universo no pretendo haber encontrado la solución de la existencia del Dolor y la del Mal, dentro del gobierno del Bien infinito.

Aquel a quien la inmerecida censura contrista, se fortalece subiendo a la idea dominante, que lo recoge en sí por encima de los juicios humanos. Saborea una gloria, respecto a la cual la gloria humana es miserable.

Como quiera que el Universo está sujeto a que la inteligencia y el amor evolucionen por la glorificación de su causa, la visión de lo porvenir se pierde en un esplendor creciente. No cabe en el divino plan que el espíritu se extinga si ha cumplido fielmente con su deber.

La razón en que prevalece la inteligencia, subsiste; la en que prevalecen los instintos, retrocede, se extingue.

Lo que hay de más misterioso es el movimiento de perdón de los corazones grandes; pero es también el mejor indicio de que existe un poder que perdona; porque las leyes inflexibles de la Naturaleza no perdonan».

(Por la trascripción)
R. RENGIFO.

LA MISERIA

Como después de los deshielos, en la primavera, quedan sobre las praderas que empiezan a secarse nuevos montones de arena y de lodo, dejados por las crecientes, así en la vasta llanura siberiana, después que se han ido los emigrados, en verano, quedan muchas tumbas recientes. Como al deslizarse rápidamente el agua precipitada por las praderas y los caminos muchos pececillos quedan entre la arena y la hierba condenados a debatirse y a morir en el polvo bajo los ardientes rayos del sol, del mismo modo, pasado el torrente de tantos millares de hombres, quedan muchos niños condenados a la orfandad o a la muerte. Sus padres han muerto en el viaje, o, acorralados por la miseria, han partido hacia la tierra desconocida, dejando al hijo enfermo al capricho del destino.

Nicolka, un niñito delgaducho de cinco años, fué precisamente uno de esos huérfanos. Su padre mismo dijo, acompañando la frase con un gesto de desesperación:

—Es inútil: ¡morirá!

La madre rogó y lloró mucho tiempo, pero por fin dijo también:

—Morirá, ¡pobre hijito!... Dios es testigo de que morirá.

Pero no se podía esperar su muerte. La pinaza estaba ya amarrada cerca de la orilla y la partida había sido fijada para el día siguiente por la mañana. El que no se embarcara mañana tendría que esperar su turno un mes entero y Matvei carecía

de recursos. Ya en un sitio, ya en otro, había esperado demasiado; allí una semana: más allá, dos; y aquí había pasado casi la mitad del verano, echado como un perro sobre el suelo fangoso, en una choza hecha de harapos. Y luego ¿qué importa si uno se separa del hijo un día antes o un día después? No se podrá salvar a Nicolka: cada día que pasa cuesta dinero y el bolsillo de Matvei no le permite esperar.

Matvei se acercó, contempló a su hijo y alzando los brazos, se preguntó: ¿«Es o no un hijo de mi sangre?», y luego de haberse dado un golpe en el pecho, pensó:

«¿Somos o no verdaderas fieras?»

Nicolka estaba acostado, entre la vida y la muerte; respiraba en un estertor.

«Si debe morir que muera... y Dios me perdone,— se dijo Matvei con desesperación.— Por lo menos, sabremos qué hacer.»

Sufría por Nicolka y tenía vergüenza de abandonarlo allí, moribundo, pero ¿qué podía hacer? Imposible era llevarlo, pues las autoridades no dejan pasar a la pinaza ningún enfermo. Y no hay esperanza de que viva: apenas respira. Permanecer por él un mes entero en ese lugar, era la ruina y la pérdida completa. Si no partían mañana... y Nicolka moría al otro día... se habrían quedado inúltimente. Se le consideraba como muerto. Y la familia de Matvei, además de Nicolka, comprendía a ocho personas en las cuales había que pensar también. ¿Era preciso esperar la muerte de Nicolka y morir todos después, o bien irse lejos, mientras aun era tiempo y dejar a Nicolka,—que Dios le ayude—morir solo?

—¡Arina, ¡eh!, Arina!—llamó Matvei acercándose a la choza.

Acudió al llamado una mujer flaca que, en silencio, con la esperanza en los ojos, esperó la pregunta.

—¿Qué haremos?,— preguntó Matvei irresoluto.—¡Es preciso hacer el bagaje o vamos a soportar todo?

Ambos se miraron largamente en los ojos y permanecieron en silencio; luego, Arina se puso a llorar y Matvei se alejó desalentado, pensando siempre en la misma cosa.

Caminó largo rato así, con la cabeza baja, sin saber a qué

resolverse. Ya suspiraba, ya lanzaba un sordo grito de cólera, y volvía a suspirar ... Había que abandonarlo todo, salvarse cuanto antes, sin una mirada atrás, al hogar, a la patria. Pero ya no le era posible volver a su pueblo: todo había sido vendido, hasta el último harapo, y todo gastado en el camino, para comer. Y quiera Dios que los últimos centavos alcancen hasta llegar a «la tierra nueva». Ni volver, ni ir más lejos, ni quedarse allí.... todo era imposible. Era inútil estar pensando y pensando: no había salida.

«Si mañana no se puede, moriremos,— pensaba Matvei angustiado.—Todo habrá concluído...»

Sobre todo le perseguía la idea de que Nicolka podía morir mañana mismo, poco después que los demás partieran. Y de nuevo se le presentaba el doloroso problema: ¿toda la familia debía perderse o era preciso salvar a los que estaban vivos e indemnes?

El campo que recorría lentamente estaba cubierto de chozas y carpas. En todas partes se erguían postes que sostenían cobertores, trapos de colores abigarrados, harapos; delante de las carpas, sobre el césped pisoteado, muchos hombres y mujeres, de pie o sentados, en grupos o aisladamente... Aquel fumaba su pipa, otro encendía fuego y el humo azulado y transparente se prolongaba cerca del suelo; el de más allá remendaba una camisa; aquí una madre joven daba el seno a su hijo, y al lado de muchachones imberbes que jugaban a la baraja, los niños corrían y lloraban, una vieja gemía. Del interior de las carpas llegaban diversos ruidos, la tos de un niño, la canción de una madre, alguna palabra torpe o el suspiro profundo de un anciano. En cualquier lado hacia donde uno fuera no se veía más que gente y más gente, y muchas carpas, y así todo el campamento, hasta la orilla del río.

«¡Vaya uno a esperar su turno aquí,—pensaba Matvey, lanzando una mirada de odio hacia esa muchedumbre de veinte mil cabezas hambrientas.—¿Habrá que esperar que pasen éstos para que le llegue a uno el turno?»

De nuevo se dirigió hacia la choza y llamó otra vez a su mujer.

—No, Nicolka no vivirá—exclamó con voz ahogada como si le avergonzara confesar su resolución; y agregó, suspirando:—¡Es la voluntad de Dios!

Sin embargo, después de haberlo dicho, cerró los ojos y movió la cabeza a ambos lados.

—Dios lo ha dado, Dios lo quita. Si vivimos... otro Nicolka vendrá al mundo... en cuanto a éste... todo ha concluído

---

Era una bella noche estrellada.

El campamento de los emigrados, extendido en la llanura inmensa, dormía en sus tiendas, sobre la hierba.

Matvei dormía con su familia; por momentos soñaba y hablaba en voz alta, a ratos roncaba. Sólo Arina no dormía.

Era una sencilla campesina, de anchos hombros y pecho hundido. Estaba sentada en el suelo, con las piernas extendidas hacia adelante y la cabeza inclinada; sus ojos semicerrados miraban hacia el horizonte pálido y límpido; en su cara chata y ancha corrían las lagrimas. De vez en cuando tomaba el ruedo de su pollera y se enjugaba los ojos y las mejillas; luego volvía a contemplar la faja lejana en que el cielo se unía a la tierra cerca de la cual brillaban dos estrellas claras que destellaban y espejeaban y parecían jugar como dos niños.

No sabía Arina por qué las miraba tanto, pero las miró largo rato y fijamente mientras las lágrimas corrían por sus mejillas y gemía su oprimido corazón de madre.

La vida miserable de los campesinos, paciente y penosa sólo era sentida por Arina en los momentos del dolor; llegaba la desgracia, la mirada en los ojos y entonces comenzaba ella a comprender que la pena la afligía. El embarazo en medio de los trabajos rudos y los quehaceres de la casa, el cuidado de los hijos, a veces la brutalidad del marido que había bebido, todo aceptaba y le parecía natural. Le había ocurrido tener que arrastrar fuera de la taberna a Matvei, soportar sus invectivas y sus golpes y ocultar sus lágrimas a todo el mundo. A la mañana siguiente, encendía el fuego como de costumbre,

preparaba la comida para los chicos, cosía la ropa, comía nada más que lo preciso para calmar el hambre, y al llegar la cuaresma se reprochaba sus pecados y sentía miedo continuo por su alma amenazada con los tormentos eternos del otro mundo. En el trabajo, la pena, las privaciones y la inquietud del día siguiente, se deslizaba la vida de Arina, como un río en el lecho que la suerte le destinó. Pero a Arina le parecía que era feliz, sólo que la vida era así.

Las dos estrellitas brillaban alegremente; al mirarlas Arina pensaba en Nicolka. Habría querido ponerlo ella misma en su pequeño ataúd, cerrarle los ojos, llevarlo ella misma al cementerio, bajo los bellos olmos, gemir y llorar un instante junto a él, y después ir más lejos, a donde Dios quisiera...

Muy temprano, casi al amanecer, se difundió en el campamento un vasto rumor y ruido de voces. A eso del medio día la ribera estaba cubierta de gente. Hombres y mujeres demacrados pasaban en la multitud, bonetes de piel de oveja, barbas de campesinos; las camisas, los pañuelos de las mujeres, los sobretodos de los campesinos, los remiendos, los paquetes y las alforjas, manchaban la muchedumbre con abigarrados colores. Todo ondulaba, removíase, zumbaba. Las miradas todas se dirigían hacia el río en el que anclaba un barco a vapor con dos grandes pinazas a remolque; miraban los altos mástiles en los que flotaban banderas multicolores, hinchándose y extremeciéndose en el viento.

Las autoridades administrativas se preparaban a recibir a los emigrados y estaban ya reunidas en un puente de madera tendido entre el muelle y la pinaza. Había un empleado del Estado a quien la gente llamaba «el emigrador», un estudiante de uniforme muy usado, y dos marineros de trajes blancos, uno con una libreta en la mano, y el otro, con un aparato para contar.

—¡Empiecen!—ordenó el empleado, dirigiendo una mirada a la multitud que aguardaba emocionada.

Un marinero gritó con voz aguda:

—¡Los «voronkovtzi»!... (nombre de los habitantes de un lugar).—¡Los del distrito de Voronkovo!

La multitud se removió. Contestó un grito y los «voronkovtzi» se adelantaron y llegaron hasta la orilla, tironeando a los pequeños y arrastrando las bolsas con sus ropas.

—¿Han elegido su «starosta»? (Especie de representante del grupo).

Esta pregunta del «emigrador» fué contestada por un centenar de voces:

—¡Sí!... ¡Aquí está!... ¡Aquí!...

Confirmando los gritos, un campesino se adelantó al grupo y se presentó ante el empleado:

—El «starosta», Señoría.

Saludó, y la recepción comenzó.

Se interrogaba a cada familia sobre su salud, se inscribía el nombre de los embarcados en el aparato de contar, y, al pasar los niños, el estudiante abría la boca de cada uno con una varilla chata y les miraba la garganta. Al principio lo hacía con atención; luego, cada vez más rápidamente; interrumpía alternativamente el examen para secarse el sudor de la frente: por fin dejó caer el brazo cansado, de nuevo miró con atención y otra vez dejó caer el brazo.

Después de haber pasado ante las autoridades, los «voronkovtzi» desfilaron tranquilamente, no sin ruido y sin hablar mucho, hasta la pinaza más alejada, donde descendían en la «fosa», como decían los emigrados, porque en el interior de la pinaza no hay puertas ni ventanas.

El sol quemaba; sobre la multitud parecía flotar un vapor lento. El empleado del Estado se abanicaba con la gorra; el estudiante desabrochaba la casaca, secábase la cara con una mano y con la otra trabajaba.

—¡El distrito de Ovtcharovo!—gritó el marinero una vez que hubieron pasado todos los «voronkovtzi».—¡Adelante el distrito de Ovtcharovo!

De nuevo resonó entre la multitud un rumor y los «ovtcharovtzi» se adelantaron poco a poco y se acercaron al puente.

Un sentimiento de impaciencia y de inquietud invadía a la muchedumbre. Todo el mundo miraba y se empujaba como si temiera no oir bien. Algunos murmuraban que se embarcaba sólo a los de las regiones vecinas, mientras que a los que venían de muy lejos, los de Amour, se los hacía esperar Gritaban unos que aquí habían gastado y comido cuanto poseían, otros se lamentaban porque la muerte y las enfermedades habían disminuído sus familias. Había quienes se lanzaban invectivas; cada uno llamaba a los suyos, y toda la multitud gritaba, se agitaba bulliciosamente.

—¡Atrás! Esta niña tiene difteria—declaró de pronto el estudiante, y rompió y arrojó lejos la varilla que acababa de apoyar en la lengua de la criatura.

—¡Señoría! ¡Señoría!—exclamó el campesino desconcertado y espantado—. ¡Por favor!... Déjenos, por favor!... tres semanas... no tenemos nada...

—¡Atrás!

—¡Señoría! ¡Será nuestra pérdida!

—¡Atrás, atrás!—gritaron los marineros—. No se discute.

—Señor...

La voz del pobre hombre se le ahogó en la garganta. Produjose un tumulto y toda la familia que había ya pasado a la pinaza, tuvo que volver a tierra. El padre de la niña enferma, de pie a su lado, levantó el puño y una expresión de rabia se concentró en su rostro; parecía que, impulsado por la desesperación, iba a matarla; pero se mesó los cabellos y se puso a aullar con voz aguda, como de una mujer, llorando su ruina y su desgracia, mientras el marinero llamaba otra vez:

—¡El distrito de Gilino! Adelante los «gilintzi» ¡Adelante!

Resonó un clamor en medio de la multitud, que se movió para dejar paso, y el campesino, su familia, su dolor y su hija enferma, que por un instante llamaron la atención general, fueron pronto olvidados.

Nadie se ocupaba sino de sí mismo.

A medida que pasaba el tiempo, más invadía a la multitud un sentimiento de impaciencia instintiva. Ante las miradas de todos ocurrían escenas desgarradoras cada vez que una familia,

por un niño enfermo, era obligada a volverse atrás, mientras los otros entraban en la barca. Se oía gemir, aullar, blasfemar, pero nadie hacía caso, nadie tenía piedad.

Presa de terror, una mujer pálida, de labios temblorosos, estaba delante del marinero. Este había descubierto un niño, oculto dentro de la bolsa que llevaba la mujer y que ésta quería hacer pasar subrepticiamente. El niño tenía viruela.

La misma idea—hacer pasar a Nicolka en una bolsa—se le había ocurrido a Matvei, pero este incidente le desconcertó. No se podía hacer más que decir adiós a Nicolka aun vivo. En vano reflexionaba; en vano contaba sus últimos recursos: la necesidad lo empujaba hacia el puente. En vano también se desolaba Arina: la barca se llenaba de gente, su turno llegaba; y ninguna idea, ninguna lágrima podía hacer nada.

—¡La voluntad de Dios!—exclamó Matvei por centésima vez, contemplando su familia y contándola con angustia, casi con rabia.—¿Acaso tenemos que morir todos? Nicolka no está destinado a vivir en este mundo... ¡Amén!

Entre tanto la muchedumbre humana se agitaba cada vez más; la excitación, la urgencia, el impulso general, obraban con mayor intensidad en esos corazones que habían sufrido tanto; se temía un error; tal vez declararan que la barca estaba llena y que ya no había sitio para nadie más... cada llamado del marinero repercutía penosamente en la multitud y la atraía a la orilla, más cerca de las pinazas.

—¡El distrito de Sosnovaia! Los «sosnovtzi ¡adelante!—gritó de pronto el marinero.

Fué como si la tierra se hubiera estremecido bajo los pies de Matvei. Echó una rápida mirada a su mujer, a su familia, a su bagaje, y gritó, con los otros: ¡«Presente»!

. A su alrededor la multitud rugía como una tempestad: lo apretaban, lo empujaban de todos lados. La sensación instintiva de inquietud y de prisa se apoderó de él también; el animal perseguido se despertó en él: era el momento de salvar la piel. No le importaban ya las lágrimas y los sollozos de mujer, que le seguían: con la mirada fija, sombrío, apretando los dientes

mientras un sudor frío le corría por la frente. Matvei se abrió paso, para él y para su familia, hacia el puente...

Al anochecer, cuando silbó el vapor y las amarras se tendieron y partieron las barcas, Matvei estaba sentado en el fondo de la pinaza sin ver nada delante de sí, ni la orilla, ni el río, ni los que quedaban en tierra. Sintió sólo que la barca se había puesto en movimiento, y se persignó.

«Es la voluntad de Dios... Nicolka no pudo salvarse... Es inútil... Morirá.»

Así pensó una hora, dos horas, todo el día, y una semana y un mes; así, probablemente pensará toda su vida...

A mediados de otoño el campo estaba desierto. La multitud se había dispersado en todas direcciones. Los galpones se volvieron silenciosos y vacíos, el río se heló. Nuevas tumbas quedaron detrás del bosque, restos y lodo en el lugar del campamento, y, también, en la casita del guardián, algunos niños huérfanos, olvidados o abandonados por sus padres al capricho del destino. Huraños entre sí, lloraban solos, llamaban al padre y la madre, y nadie sabía quiénes eran, de dónde venían, ni dónde estaba su familia. Entre esos niños se hallaba también Nicolka, enflaquecido y pálido después de la enfermedad.

—¿Quién es tu papá?—le preguntaban. ¿De dónde es? ¿cómo se llama?

—Papacito—contestaba el niño sollozando.

—Y tu mamá, ¿cómo se llama?

—Mamita.

Y no era posible averiguarle nada más.

NICOLÁS TELEKHOV.

A MI PERRO

St. John Lucas.
The Curate thinks you have no soul...

Que en nada sobrevives, clama el Cura
(su alma sí es muerta). Pero yo que he visto
en mi niñez tu grave compostura
de siervo prosternado frente al Cristo;

Yo que aun el eco siento del llamado
tuyo, al romper las albas del estío,
jamás creeré que al Odio encadenado
vayas a sepultarte en lo sombrío.

Jamás creeré que en tu pupila bruna
muera el destello fraternal y amigo:
que hasta el antro plutónico la Luna
va cada noche a dialogar contigo.

Y te halla rastreando los senderos
por el amo de ayer.—Yo sólo pido
que al trasponer del mundo los linderos
este ruego me sea concedido:

Que en el pais del gélido reposo,
ya indiferente a todo humano mal,
retozando, tu espectro clamoroso
venga a lamer mi mano fantasmal.

E. MONTENEGRO.

¡SEÑOR!

A Gabriela Mistral.

Esta grave tristeza que infundes en mi vida,
este dolor de amar con que Tú me abrumaste,
este amor a lo bello y a la senda escondida
que lleva hacia el Misterio que con tu odio creaste.

Todo este seco goce con que al mundo nos echas,
como una nueva cría de los libres chacales,
y esta loca venganza con que Tú nos acechas
para purgar en fuego eterno nuestros males.

Esta ansia poderosa por la rara Belleza
que jamás encontramos y que siempre nos huye;
este humito agorero que entra en nuestra cabeza
y la idea y la forma con emoción destruye.

Y, cuando al fin, nos quitas las personas amadas
y te llevas al padre y te llevas al hijo,
y quieres devolvernos las amargas jornadas
que te clavaron solo sobre tu crucifijo...

Todo esto que te digo, como a un amigo antiguo,
con tu mano en la mía para que me respondas,

no tiene nada malo, ni es el afán ambiguo
de ofenderte, ¡oh Dios míol, para que Tú te escondas.

Es el deseo ardiente de interrogarte a solas
el por qué de esta Pena que metiste en mi pecho,
y saber el motivo por el cual Tú me inmolas,
y contarte en secreto todo el mal que me has hecho.

¿Quién te pidió que dieras la visión a mis ojos,
y la idea a mi mente y a mi vida el dolor?
¿Por qué para crearme fuiste atando despojos
del animal, el árbol, el insecto y la flor?

La Unidad de tu vida no me la traspasaste,
y así me hiciste esclavo de una varia ansiedad.
En mí todo es deseo, desde que me creaste
hasta que me he fundido en ansia de eternidad.

¿Por qué juntaste al soplo de tu aliento divino
el pedazo de barro de la charca ancestral,
y me dejaste solo en mitad del camino,
sin saber si la vida era el bien o era el mal?

¿Yo no te pido nada? El leve soplo alado
de un amor me ha tocado, como una claridad:
dame el secreto, augusto Señor de lo creado,
de creer, un momento, que el Amor es verdad.

E. DE LA BARRA ORELLA.

Concepción, 1917.

RETRATO

Para la «Revista de Artes y Letras»

Su figura reclama un pedestal.

Nívea y armoniosa es su garganta, y lleva alta la cerviz en un gesto que bien podría imitar una reina desterrada.

Ovalado es su rostro, en el que se perfila una nariz que no es griega ni romana, sino bellamente moderna.

Los ojos dorados, con una chispa de picardía en las niñas parece que sintieran el orgullo de estar continuamente protegidos por el doble arco de sus cejas de terciopelo osbcuro.

Sus labios húmedos y pálidamente descoloridos, a veces se tintan de un rojo subido, como si enfermaran de la febricencia que flota en el ambiente de las grandes ciudades en decadencia.

Luego, unas manos nacidas como para plegarse en místicas actitudes. Manos como Leonardo de Vinci las pintara; y los pies diminutos, agilísimos, tal como para llevarla de puntillas a un desliz.

Poemas en prosa

SOLA

Tú lo has querido.

Será eterna nuestra separación.

Pasarán muchos años... y tu cuerpo, y tu rostro tan bellos, y

tú toda entera, te transformarás en una hermosa señorita entristecida por los mimos húmedos de la Soledad.

Se alargarán los dedos de tus manos, al afilarse, y los adornarás con sortijas raras, exóticas, en un vano intento de desaburrir el aburrimiento.

Parecerás una duquesa tan solitaria como orgullosa; y cada luna que ruede sedosamente por la comba del cielo, con su teoría de noches envolviendo sus velos en la finura cónica de tus dedos, te dejará más pálida, más dolorosa y más interesante; porque el señor Tiempo, tan burgués a fuer de metódico, enamorado de tu senil frescura, será mal aritmético por una sola vez.

FERNÁN SILVA VALDÉS.

MELODÍA DE OTOÑO

El instante, en mi alma, es silencio y olvido.
Mas el leve y sutil
efluvio de las notas que deshoja una mano
me trae lentamente de la sombra—del piano—
un recuerdo, un perfil.

Mi tristeza revive...—¿Y todo fué un engaño,
mentira, nada más?
¿Y cómo a sus miradas el aire florecía
y el cielo se clareaba de azulada alegría
si reía su faz?

La angustia me penetra de su quietud medrosa.
Soy silencio y dolor.
El horrible silencio de la noche es el mío;
soy un abismo lleno de tinieblas y frío...
¿Adónde estás, amor?

(La música suspira; es un lamento; sueña.)
¿Qué se hizo su querer?
¡Murmullo de sus risas! ¡Vagar de sus blancuras!
volved como una clara mañana de ternuras
que dé vida a mi sér.

(La música solloza); que me torne a la dicha,
¡a la luz! ¡al amor!
que me envuelva en suplicios purpurados, en esos

(¡Oh ritmo dolorido!) que me dieron sus besos
de fuego, sangre y flor!

(El trino de unas notas clarísimas se eleva
y comienza a lucir
en un leve alboreo; se detiene, se irisa
y se extingue en un frío descender de ceniza...
¿Cómo pudo mentir?)

¡Oh pavor de la ausencia sin olvido! ¿A quién
haré sentir mi voz?
¿A quién clamar? (La música, un instante perdida,
vuelve lenta a sus notas dolorosas...) ¡Mi vida
es sin cielo y sin dios!

¡Poderes ignorados que en la luz, en el aire,
en la sombra o el mar,
oisteis las palabras aromadas de ruego
de todos los que sufren la dulzura del fuego
que no apaga el llorar,

Haced que la impecable de misteriosos ojos
me vuelva a sonreir,
aunque al huir la noche en que mi voz implora
(¡Los arpegios son lágrimas!), como el astro a la aurora
yo me sienta morir!

No importa que yo muera si la luz de sus ojos,
—vida, cielo, ideal,—
si la luz de sus ojos... (Mas las notas florales
desfallecen, y mustias, cual frondas de rosales
a un aliento otoñal,

descienden sigilosas, escarlatas, obscuras;
¡mueren! Y la ilusión
que me animó un instante—¿fué la música ida
para siempre a la sombra?—como una lenta herida
sangra en mi corazón.)

MIGUEL LUIS ROCUANT.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

UN PERDIDO

Por Eduardo Barrios.—Casa Editorial Chilena.—1918.—516 páginas.

El conocido escritor que asentara su planta con tanta energía en el Teatro chileno con sus obras admirables *Vivir* y *Lo que niega la vida*, ha querido demostrarnos que un buen dramaturgo puede ser un novelista de primer orden; y es así como hemos tenido el placer de saborear obras como *El niño que enloqueció de amor* y otras «nouvelles» de fina estirpe. Hoy ya no es un leve esfuerzo a título de ensayo el que nos envía Eduardo Barrios. Es una obra extensa, sólida, bien meditada, de armazón considerable y de innumerables fascetas que destellan al sol los matices combinados del prisma.

No es preciso establecer comparaciones molestas para ninguno de los novelistas que lo han precedido; pero sí podemos asegurar, sin herir ninguna susceptibilidad, que Eduardo Barrios ha conquistado de golpe un sitio definitivo en la novela nacional y que se le puede citar entre los cultores más esclarecidos del difícil arte de sintetizar la realidad en páginas de aparente sencillez y de interesado entretenimiento.

Sería imposible analizar *Un Perdido* en esta simple noticia bibliográfica; para obras de tanta importancia se requiere un estudio extenso y prolijo; mas, no dejaremos de anotar algunos de sus caracteres sobresalientes.

El delicado autor de *El niño que enloqueció de amor*, sin abandonar sus primitivas cualidades, se convierte en escritor acorazado de fuerza, de sobriedad imperiosa, de impasibilidad dominadora de los acontecimientos que desfilan ante su pupila de sereno artista.

Sin embargo, no son sus arrestos de fuerza los que más nos seducen. La exquisita sensibilidad de Barrios, sus dotes de observador, humano, com-

prensivo de las ocultas miserias, se impone sobre el duro aparato de las frialdades clínicas. Las páginas que se refieren a la infancia del protagonista principal de *Un Perdido* son de un relieve tal, que pueden compararse a obras clásicas de literatura moderna. En psicología infantil, Eduardo Barrios es sencillamente maestro. Sólo en las *Memorias*, de Tolstoy, en el *Libro de mi amigo*, de Anatole France, en *Cabeza de zanahoria*, de J. Renard, en *Pequeña cosa* de Daudet y en *David Copperfield* de Dickens, recuerdo haber leído observaciones tan agudas como las que se refieren a ese niño tímido, sensitivo y analizador que más tarde se ha de convertir en un artista o en un fracasado.

Me sería imposible dejar de citar un baile de máscaras a que debe asistir el niño Luis Bernales. Comienza el imaginativo por realizar su trabajo de composición al solo anuncio de la fiesta:

«En su fiebre llegaba a ver las amodorradas calles del pueblo como, según papá Juan, se poblaban las europeas de comparsas polícromas y bulliciosas, de serpentinas, de confites; las sentía estremecidas por las carcajadas, y por los trompeteos grotescos, y por el burlón tintinear de los cascabeles. En el jardín de los Pulgar se producirían pasos graciosos; él respondería riendo y con piruetas a las piruetas y las risas de otras niños. Todo sería loco, alegre, delirante; vendrían deseos de lanzar las cosas a lo alto, por los aires, y de saltar uno mismo por último, hasta las nubes, hecho un disparate vivo que estalla de placer...»

«... Sin embargo, el día de la fiesta llegó y Lucho empezó por sentirse tembloroso dentro del disfraz. En cuanto se aglomeraron los de casa para mirarle, tuvo que ponerse la careta. Los nervios le sacudían desde la cabeza hasta los pies, no de placer; de frío, de una impresión de frío que le hacía tiritar las piernas, castañetear los dientes, humedecer las manos»...

Y ya en la fiesta el alegre muchacho de las pre-imaginaciones se convierte en un lamentable Arlequín: sin una frase, sin una idea, blanco de las befas de los muchachos bullidores.

«¡Pobre Luis! En volviéndole la espalda el interlocutor, él piensa una réplica oportuna, aguda, que engríe su amor propio y le reconcilia consigo mismo; sin embargo, otro viene, le espeta nueva broma... y él aun está perfeccionando, puliendo *in mente* la réplica anterior ya perdida...»

La historieta del baile de máscaras es la pauta que habrá de marcar todos los acontecimientos importantes de la vida de Luis Bernales. Así como fracasa el arlequín de la comparsa pueblerina, tendrá más tarde caídas sentimentales el niño que procura captarse el afecto de un padre rudo en apariencia, tímido como él. Cada tentativa de acercamiento afectuoso hacia otros seres será también una derrota: su amor platónico por Blanca, su ilusión de hogar a base de una hermana raquítica y apocada, su aventura candente y lamentable con Teresa... Es un predestinado al silencio, el desdén y la mofa de todos aquellos a quienes entrega su corazón sediento de una partícula de cariño.

¡Cosa curiosa! El artista ha buscado sólo un oasis para este desierto de horizonte negro que es la vida de Luis Bernales, y no se encuentra la luz ni en el seno de la familia, ni en la sociedad que lo rodea, ni en los amigos. Es preciso que el desgraciado se precipite en los antros del vicio para toparse con las pocas almas puras y delicadas que sepan comprender todo lo que vale su espíritu de sensitivo. Como Máximo Gorki, como Maupassant, como Dostoyewski, Tolstoy y otros grandes comprensivos del corazón humano, Barrios alimenta la convicción de que en la prostituta despreciada florecen los más puros sentimientos, las pasiones más nobles y elevadas. ¿Quién no recuerda con emoción los intensos tipos de Sonia en *Crimen y Castigo*, el de *Bola de sebo*, que condensa la generosidad en medio del desenfrenado egoísmo, aun entre las religiosas que la rodean? Esa pobre y resignada Meche es un tipo admirable y muy fácil de encontrar en los prostíbulos chilenos. La Meche es la amante «de corazón» del pobre niño abandonado en el áspero ambiente de Iquique. Un buen día la mujer lo recibe con una noticia funesta: ha caído enferma, de enfermedad peligrosa. El se rebela, se indigna, la insulta. Luego, apaciguado, la pide perdón y se reconcilian.

«Sí. Se besaron, reconciliados, unidos en el dolor.

«Por la noche, Luis volvió y le hizo compañía en el cuarto, a luces apagadas. Sentados juntos, al pie de la ventana, veían pasar los faroles de luz amarilla, trepidantes, de los coches que rodaban llenos de gentes gritonas, alegres, vidas no turbadas por la traición de la carrera.

—«Bueno, basta de penas. Mira, casi estoy contento. Así no eres sino mía.

«Ella, engreída, le abrigó en su chal de seda, recostándole la cabeza en el seno que a cada instante se enchía de suspiros. De rato en rato, pasos varoniles llegaban a la puerta, hombres golpeaban. Entonces ellos se inmovilizaban, conteniendo la respiración. Una voz desde el interior advertía a gritos: «La Meche no está». Y se iban los hombres, riendo, murmurando chirigotas. A Luis causábanle estas visitas celos tardíos, pero crueles. No profería, sin embargo, una queja. La Meche le acariciaba el pelo, hundiendo en él sus dedos blancos.

«Hasta muy avanzada la noche estuvieron así. El, soñando, urdiendo planes inocentes de curación y subsistencia. Ella le oía muda, como respetuosa de tanto candor y agradecida de aquellos sentimientos puros. Pero se mordía los labios para no llorar.

«Luis se marchó reconfortado, pleno de esperanzas. Cavilaba el medio de poner en práctica sus decisiones.»

«Sí, casi estaba contento, porque, una vez sana, él, con su conducta, con lo que ya merecería...

«Pero al otro día, ya no estaba en casa la Meche.»

Y Luis no la vuelve a ver más. La infeliz ha ido a ocultar su desgracia

en algún rincón ignorado, a podrirse en silencio, mientras su amante niño la añora con la amargura de los que se creen engañados y olvidados.

La vida nocturna y licenciosa se encuentra admirablemente retratada en la obra de Barrios. Augusto Thomson en su *Juana Lucero* no pudo hacer otro tanto, sin duda porque su intuición no bastó para suplir la experiencia, aun no ganada en aquella época. Barrios escribe lo que ha visto, lo que ha vivido, y es por eso que sus palabras son como pinceladas vigorosas e infalsificables, sugeridas por un modelo vivo y en pleno relieve de luz.

La transición de vida del muchacho tímido y generoso que se convierte en un ebrio sin freno, está tratada con discreción e hilvanada con una lógica de médico que observa un caso científico. Luis Bernales será «un perdido», porque la herencia, el medio y las circunstancias se confabularon para hacer de él una escoria social. ¿Pudo cambiarse el rumbo de esta vida en el plano inclinado de su creciente desgracia? ¡Quién sabe! Y este es el lado débil que se pudiera hallar en la obra de Barrios. Es demasiado fardo de pesadumbres y desgracias las que se acumulan sobre los débiles hombros de Luis Bernales. Hace falta que el autor nos diga si el mismo niño, situado en otro medio y con una educación inteligente, podría contrariar al «fatum» que está escrito sobre su frente pura. ¿Piensa Barrios que el sensitivo, el débil debe sucumbir «siempre»? Parece que sí. Y así lo indican la suerte del noble abuelo Juan, la abnegada Rosarito, el abúlico comandante Bernales. Pero queda siempre al lector el recurso de preguntarse si la suerte de Luis Bernales hubiera sido otra si hubiese seguido los consejos del noble anciano·

—«Cuando seas ya hombre, trata de cultivar un arte. La poesía, la música, la pintura... Cualquiera que sea; que en la vejez, cuando ya la realidad lleva rota muchas ilusiones, y los padres se nos mueren, y se nos van los hijos a otros amores, y de la esposa nos queda apenas una blanda compañía, ese arte será nuestro más fiel compañero, el único que nunca se ha de sentir importunado en el momento en que el corazón le llame en su abrigo.»

Sabio consejo que no pudo seguir Luis Bernales. Le quebraron la voluntad en el abandono y en la crapulosa vida de Iquique, en la Escuela Militar, en la sequedad del hogar de sus parientes santiaguinos, y hasta en la excesiva blandura del hogar quillotano. Pero de todos modos se comprende que no se ha hecho la parte de los triunfadores con almas como la de este niño semi predestinado por la herencia alcohólica y por la preeducación sentimental de la madre sufriente.

Barrios ha escrito un libro que hace meditar hondamente en la educación de los hijos. Sus cuadros vivos y valientes deben ser estudiados con atención por todos los que tienen bajo su dominio a los espíritus fácilmente plasmables de la población infantil.

Es un libro bello, un libro útil, y un gran libro, fruto del esfuerzo, de la inteligencia y de la observación honrada.

F. Santiván.

HUMO DE INCIENSO. — *Fernán Silva Valdés.*—Montevideo, 1917.— Los versos que forman este volumen evidencian el alma de un poeta enamorado de las sutilezas formales de la musa parisiense. Cantan, con exquisita variedad métrica, anhelos, amores y visiones galantes. Su acento es juvenil, un rumor de brisas cargadas de sol y de aromas.

Algunas de las composiciones del señor Silva Valdés, «Norma», «Oh, no poder», «Desfile», «Cuadro de invierno» y «El galgo», son sencillamente admirables. Al leerlas, sentimos el placer de su bien desenvuelta melodía verbal y la emoción de lo vivido y real, de lo que viene directamente de la sensibilidad, de lo que ha sido visto, sufrido o gozado por el poeta.

A pesar de algunas reminiscencias de ajenos decires, se advierte que esos trabajos son originales, pues a la belleza de la idea general se une la de los rasgos ilustrativos, nuevos y justos, como:

«La chimenea empieza
a guiñar su gran ojo de antiguo semidiós»

Cuadro de Invierno.

«a lo lejos las villas parecían de car-
[tón»

Polonesa.

La lectura de «Humo de Incienso» nos deja la impresión de que el señor Silva Valdés es poeta de mucho porvenir. Su dominio del lenguaje rítmico es grande, y su sentido de las proporciones en el desarrollo de los temas, agudo y claro. Sabe, como pocos, limitarse a lo estrictamente necesario; no se desorienta ni se desparrama. Cuando sus temas sean otros que los de éste su último libro, más elevados y ardientes, sus versos no tendrán nada que envidiar a los más hermosos.

ENGARCES.—*Pedro Leandro Ipuche.*—Montevideo, 1918. — La edición definitiva que este vigoroso poeta uruguayo ha hecho de sus «Engarces» lo coloca entre los más finos, serios e inspirados artistas de su tierra.

El señor Ipuche es rico de ideas y rico de expresión. Recorre la gama entera de los sentimientos, desde el amor a su suelo y a sus héroes hasta el amor a las ideas filosóficas más indecisas y vagas. Es regional y universal. Su estro pasa de una a otra cuerda de la lira con delicadeza y vigor no común. Para su arte no hay dificultades de técnica: las domina todas con el fervor de su verbo y de su emoción.

Creemos que el señor Yamandú Rodríguez ha estado en lo justo al decir, en el bello prólogo que ha escrito para «Engarces», que el poeta «ama plenamente la vida, y aprovecha los relámpagos para hacer ver sus panoramas. Su cantar es victoria en la brega con que amasa su frente el pan blanco del vivir humilde. Admiro esa esencia sonora, porque se desprende de su rudeza un vaho de optimismo; porque tiene metal para clarines y para campanas. Varonil soñador que recorre el espíritu en crepúsculo, cuando perfuman más las flores...».

EL CUENTO DE PEDRO CORAZÓN.—*Francisco Alejandro Lanza*—Montevideo, 1918.—Al brillante y numeroso grupo de los poetas uruguayos, siempre sinceros y cultos, se ha incorporado últimamente un nuevo lírico: el señor Francisco Alejandro Lanza.

Su primer libro ha sido un triunfo por la novedad de algunas ideas, la sinceridad del sentimiento y la rara pulcritud de la forma. Es un romántico moderno, es decir, exquisito y proporcionado, no vasto, ni tumultuoso.

Su libro trae un elegante, sereno y admirable Prólogo del señor don Daniel Martínez Vigil, y un Preludio de Pedro Corazón, en que el señor Lanza demuestra ser tan buen prosista como poeta. Algunos de sus párrafos, por la limpieza de su

ritmo ideológico y la proporción de sus elementos verbales, valen tanto como algunos de sus versos.

LAS PLEGARIAS DE LA CARNE. —*Julio Talanto.*—Antofagasta, 1917. —Entre la multitud de libros publicados en los últimos años por los poetas jóvenes, inspirados casi todos, pero con mucho de Maeterlinck y Rabindranath Tagore, el pequeño volumen de Augusto Iglesias, vibrante, pletórico de alegría y de amor a la luz, es una verdadera novedad.

El señor Iglesias no busca sugerir atmósfera de misterio, no divaga por lo abstruso, por lo místico o teosófico, no: dice lo que siente, sufre o anhela, en versos de línea melódica pura y de colorido sano, en versos bañados por la ya casi olvidada luz del sol. La juventud del artista corre por sus estrofas vehemente y ardorosa, en ondas de fuego y de sangre.

El carácter general de su obra, tan bien analizado por su prologuista, don Antonio Pinto Durán, es religioso y sensual, el mismo que tienen las obras que iniciaron el movimiento modernista en Francia y que tan agudamente estudia Morice en «La Littérature de tout à l'heure».

El señor Iglesias es uno de los poetas jóvenes de quienes se puede esperar más. Su lirismo se acerca al de los inspirados célebres por su salud moral, por la vehemencia de sus afectos y por la fuerza de su expresión.

EL ALMA DE LOS SONETOS.— *Benjamín Velasco Reyes.* — Santiago, 1918.—El autor de este libro, uno de los más sinceros y fecundos líricos de los que no han llegado aún a los treinta años, nos da en cincuenta sonetos, enlazados por un mismo soplo de vida, algo así como los sucesivos cantos de una epopeya moral. En su obra cantan la juventud y la primavera.

Si prescindiéramos de su último soneto, evocador del descanso eterno, diríamos que, a la inversa de Shelley, que pedía al viento del otoño lo convirtiera en su lira, igualándolo a la selva, ya que sus pensamientos, como las hojas, estaban prestos a caer y morir, el señor Velasco pide a los elementos gozosos de la vida que lo conviertan en su portavoz para decir la belleza de las ideas y de los sentimientos. Y para decirla con claridad, porque sus versos son sencillos y claros, son los que, al confundirse con la personalidad de cada inspirado, se tiñen de los más diversos tonos emotivos; pero mantienen, incontaminados de falsía, sus caracteres de humanidad. ¿No fué Brunetière quien dijo que las más sentimentales composiciones poéticas tenían, casi siempre, por tema, un lugar común, como el «Souvenir» de Musset y «La Tristesse D'Olimpio», de Hugo?

Sí, él fué, y estuvo en lo cierto, y por eso, para la apreciación de las poesías que no valen exclusivamente por su mérito artístico, el más difícil de alcanzar, no tenemos otro medio a que recurrir que el estudio de sus elementos humanos, los conocidos y eternos no los fugitivos por quisitoso abstrusos.

Pero los versos del señor Velasco no sólo valen por la suma de humanidad que ofrecen en el vaso de sus ritmos, sino por el mérito de la forma: son correctos. No llegan, indudablemente, a la corrección de los sonetos célebres, a los pulidos como las facetas del diamante para que luzca, por donde se le mire, la azulada trasparencia de sus aguas: tienen indecisiones en sus líneas ideológicas, desfallecimientos en su colorido emocional; pero no son nunca un enlace de valores morales y paisajísticos inarmónicos. El alma y la luz, los sentimientos y la tierra están siempre unidos en ellos por la virtud sintetizadora del poeta. Podríamos citar muchas estrofas que confirman lo que aseveramos. La unión de la forma y del fondo se efectúa en ellas de un modo definitivo, del alcanzado únicamente por la magia del verso. Muerta está, y para siempre, la creencia en la chispa

divina de los poetas; pero está viva, y para siempre, la creencia en que nadie dice de una manera más bella que él cuanto de augusto y de milagroso circula por las encantadas regiones del alma y la naturaleza.

PERFILES NATIVOS.—*Pedro Pablo Figueroa.*—Santiago, 1918. — Este libro nos trae el recuerdo de un amigo a quien admiramos por su laboriosidad, hombría de bien y entusiasmo por las letras y el arte.

Conocimos a Pedro Pablo Figueroa en nuestra adolescencia. Y hoy, que estamos lejos del «no admirar nada» de Salomón y del «admirarlo todo como un bruto» de Hugo, apreciamos mejor que nunca la labor en que nuestro amigo consumió las mejores horas de su vida.

No era Figueroa uno de los escritores que guardan, como oro en polvo, su saber; que se niegan egoístamente a dar toda información, a desvanecer dudas, o señalar un rumbo a quien por inexperiencia o falta de cultura y reflexión, no lo tenga definido y claro. Sus recuerdos, sus conocimientos literarios e históricos, sus libros, todo estaba a la disposición del joven o viejo que lo solicitara. Y es de advertir que su biblioteca de autores sudamericanos era la más rica de cuantas había entonces en Santiago. Quien quería conocer a los poetas y novelistas uruguayos, argentinos, colombianos, etc., tenía que acudir a él, y acudía con gusto, porque eran de todos conocidos y por todos alabados su desprendimiento y su bondad.

Nosotros aprovechamos también ampliamente de sus libros. Y así como no olvidaremos el gesto de agria displicencia con que un historiador de nuestras glorias nos recibió cuando, deseosos de satisfacer una curiosidad de colegial, fuimos a preguntarle en qué libro hallaríamos la explicación de las rayas verticales y horizontales que hay en el campo del escudo chileno, no olvidaremos la hidalguía de quien no titubeaba en poner los elementos de su trabajo, de que vivía, en manos de quien quisiera servirse de ellos para un fin literario o artístico. Y hay que tener presente que Figueroa no era acaudalado, y que, por no contar con la seguridad de reponer en sus anaqueles las obras que perdiera, habría sido justificada en él la avaricia bibliomaníaca que caracteriza a más de un escritor.

Sin haber recibido en su niñez una cultura vocacional, se la dió el mismo, leyendo, estudiando cuanto libro caía bajo su mirada ardiente y obscura. Sobre todo los que se referían al pasado de la patria. Para él, las leyendas más bellas y las más bellas historias eran las nacionales. Su memoria se convirtió, por la asidua y ordenada lectura, en un archivo. En ella estaban desde la anécdota del aventurero ladino a los planos de una campaña bélica, y desde la fecha de una ley, a la doctrina del orador o del filósofo. Era un erudito y un entusiasta. Los adalides de nuestras guerras tenían, para él, la grandeza de los cantados por los Poemas, y los de nuestra política, la grandeza de los celebrados por las Historias.

Su actividad era estupenda. Sus obras pasan de treinta. No son ellas seguramente perfectas. ¿Quien las ha escrito? Su estilo es descuidado, su documentación deficiente; pero ¿se le podía exigir más a quien no contaba con medios de pagar un copista, ni de rentar a un secretario experto? Escritas, a la inversa de otras, con más talento que estudio, el lector minucioso y detallista puede advertir en ellas, más de una de esas imperdonables faltas que consisten, verbigracia, en omitir el nombre materno del soldado que llevó un pliego a tal capitán, en tal incidencia de tal combate, en tal guerra... de montoneras; pero el lector que prescinda de esas minucias hallará, en cada página, más de un pensamiento digno de loa y más de una frase llena de vida y de verdad, como en la «Introducción a las obras de Francisco Bilbao» y en la «Historia de los Constituyentes».

El pormenor tiene en la historia

innegable importancia; pero no la tiene menos el espíritu del tiempo que en ella se estudia. El escritor que agota los documentos privados y oficiales, los libros y los diarios, está en situación privilegiada para dar a conocer las ideas dominantes en el período histórico que ahonda y para analizar la lucha de ellas con las ideas contrarias, luchas que determinan, casi siempre, los acontecimientos historiales. El estudio de Lastarria sobre Portales dice más, en sus cien páginas, sobre la psicología del ilustre político y de su época que los dos gruesos volúmenes que dedicó al mismo tema D. Benjamín Vicuña Mackenna.

Para enaltecer la nombradía de Figueroa faltaba la publicación de sus trabajos exclusivamente literarios, y entre ellos, los dedicados a evidenciar la hermosura de las bellezas araucanas. Es lo que ha hecho su hijo, el fino intencionado caricaturista Chao, con la edición de «Perfiles nativos», libro de que gustarán todos los que aprecian, en su justo valor, las tradiciones nacionales.

DE LA TIERRUCA CHILENA.—*Clemente Barahona Vega.*—Santiago, 1915, 1916 y 1917.—El autor de estos tres pequeños volúmenes es un espíritu curioso. De inteligencia clara e innegable cultura literaria, ha preferido dedicarse, más que a decir sus ideas y sentimientos, a investigaciones de carácter histórico-anecdótico, diremos. Sus libros—los que conocemos—son estudios sobre el origen de algunos refranes, recopilaciones de versos sobre las rosas o florilegios de historietas populares. El intento del señor Barahona en *De la tierruca chilena* es laudable: lucha por salvar del olvido los chispazos del ingenio criollo, no abundantes ni de una gran ley, pero originales y dignos de ser recogidos antes de que desaparezcan bajo el alud de los inspirados por la gracia extranjera.

CRISTÓBAL COLÓN. — *Enrique Sanfuentes Correa.*—Santiago, 1918. —En las Conferencias que, a poco de llegar a Santiago, dió el Marqués de Dosfuentes sobre «Instituciones Ibéricas» se evidenció, una vez más, que nuestro público, tal vez como el de todas partes, se deja influir hasta el desvarío por la simpatía o la prosopopeya de un orador, más que por su saber y talento. El Marqués de Dosfuentes fué, durante algunas semanas, el asombro de nuestras damas y el estupor de nuestros hombres de ciencia. Hubo señora que lo creyó un genio, pero hubo entendidos que lo creyeron un loco. No era, sin embargo, ni lo uno, ni lo otro: era un orador de palabra fácil, de correcta dicción y de agradable figura que barajaba, sin conocerlas a fondo, pero con habilidad, las teorías y las historias. Cuando hablaba, su locuacidad parecía elocuencia y su fantasía, conocimientos. Su reputación crecía y habría seguido creciendo de modo alarmante para los intelectuales chilenos, si algunas personas como el agudo crítico Leo-Par y el erudito escritor señor Roberto Hernández no lo hubieran llamado a cuentas en *La Nación* de Santiago y en *La Unión* de Valparaíso, respectivamente, y si, por último, no le hubiera dado el golpe de gracia el señor Sanfuentes Correa con el libro que acaba de publicar sobre: *Cristóbal Colón y su detractor el Marqués de Dosfuentes.*

El señor Sanfuentes concreta su obra a la refutación de lo sostenido por el Marqués en su Conferencia sobre «La Comedia y el Drama del Descubrimiento de América: Alonso Sánchez de Huelva, su verdadero descubridor, y Cristóbal Colón, español». Según el señor Sanfuentes, el Marqués lo ha falsificado todo: los hechos y los textos; no sabe cómo pasaron las cosas, ni cómo se traduce el latín que las narra... Para probar sus afirmaciones, el señor Sanfuentes recurre a cuanto libro se ha escrito sobre la materia, cita los lugares pertinentes y concluye demostrando, con admirable y ordenada erudición, los errores del Marqués. Por su manera de tratar el asunto en discusión; la amplitud de conoci-

mientos que evidencia y el intento de hacer respetar el público chileno, el libro del señor Sanfuentes tiene, pues, un valor triple: está bien escrito, está bien fundado y es patriótico.

EL DISFRAZADO AUTOR DEL QUIJOTE IMPRESO EN TARRAGONA FUÉ FRAY ALONSO FERNÁNDEZ.—*José Toribio Medina.*—Santiago, 1918. Cada uno de los libros que el señor Medina publica aumenta nuestra admiración por sus estupendas cualidades de escritor y de hombre de ciencia. Cuanto pudiéramos decir de su claridad de exposición, de su estilo sereno y sobrio, y del orden admirable con que aduce sus argumentos y sus datos y sus pruebas, quedaría muy lejos de la realidad. Para el señor Medina, hacer un libro sobre cualquier tópico histórico de los siglos que conoce hasta en sus incidencias menos significativas, es algo que no le demanda un gran esfuerzo, pues su saber es de tal magnitud que le basta recurrir a él para que la obra le resulte sencilla y fácil.

Esto se revela claramente en su última obra. Está escrita con tal soltura que aun al tratar los puntos de más difícil dilucidación lo hace como quien trata algo que le es enteramente familiar. En ella, después de probar que Alonso Fernández de Avellaneda es el nombre y no el seudónimo del Quijote tarraconense, llega a dos conclusiones importantísimas: primera, que Avellaneda era fraile dominico, y segundo, que no pudo ser aragonés, como lo pretenden los hispanistas empeñados en despejar el anónimo.

El libro viene precedido de una encomiástica carta-prólogo del filólogo y admirable poeta D. Julio Vicuña Cifuentes. Bastaría citar algunos párrafos de ella para despertar interés por conocer in extenso el erudito estudio del señor Medina. Así, aplaudiendo la dedicación del autor a las investigaciones históricas, dice: «Se duele Ud. con razón de la falta de elementos, algunos indispensables, con que tropieza el investigador americano cuando escribe de asuntos que se rozan con la literatura española. Esto no puede remediarse; pero si es grande la molestia que de ello resulta, el mérito crece también en proporción de las dificultades vencidas».

Y es cierto; nada más meritorio que la tenacidad con que el señor Medina prosigue sus trabajos de investigación histórica y científica, trabajos que le valen, con toda justificia, ser considerado, por propios y extraños, como un hombre para quien no existen puntos obscuros en el pasado de América y España.

MIGUEL LUIS ROCUANT.

«LA HORA DE QUEDA».—Iris es para mí el más interesante tipo de escritora que haya conocido. Interesante, no por su erudición, ni por su transcendencia, ni aun por su valor literario. No; es interesante por su feminidad, por su sincera feminidad, algo inconsciente y desordenada, pero sinceridad, a fin de cuentas, y, por lo mismo, con una sabrosa frescura de vida, con genialidades conmovedoras o descuidos igualmente conmovedores.

Vuelvo a insistir en la sinceridad humana de Iris. Me parece esta valentía moral el *alma mater* de su complexión espiritual. Sin esa audacia desenfadada de la frase y del concepto, creo que el humorismo de Iris perdería su fuerza, su más poderoso atractivo, su única razón de existir, intelectual y literariamente.

En este sentido conviene anotar qué es lo que Iris defiende y qué es lo que ataca, en una palabra, qué móviles sociales o filosóficos la inducen a tomar la pluma y escribir con la exuberancia y facilidad que la caracterizan... Hablo, por de contado, de la Iris contemporánea, porque a la otra no la conozco. Sé de narraciones de viaje y crónicas de teatro, publicadas hace algunos años, elogiosamente comentadas entre los escritores.

A primera vista, la impresión espiritual es desconcertante.

Se nos ocurre una mujer creyente, casi mística, enamorada de la liturgia cristiana: se nota, como en los confesonarios, un grato olorcillo a incienso que vanamente la escritora tratase de desvanecer a manotones; poco a poco, sin embargo, va uno habituándose a este ambiente simbólico y paradójico en que, junto al encaje multicolor de un vitral, se desvanece la nebulosa de una aspiración teosófica y junto a una hermética finisecular a lo Rachilde, una beata de pura estirpe chilena, fea y despreciable como una manzana podrida; se ve, en medio de esta atmósfera disparatada, el alma de la escritora, la paloma femenina con garras de gavilán, llena de una aspiración mística, sin incienso esta vez, de renovación moral, de *odio a un pasado de colonia en que la Catedral y el viejo caserón se guardan solidaridad de amigos en tierra extraña, en la ciudad que se moderniza lentamente*, según sus propias y agudas frases.

A pesar de que el penetrante estilete de su ironía, mojado en gracia francesa, desgarre implacable ese ambiente colonial que se me aparece como un gran convento solitario donde vagan sombras misteriosas de monjes encapuchados, noto en Iris como un doloroso renunciamiento de ese pasado: ella lo destroza, lo satiriza, pero no lo desprecia: pone una punzante poesía al describir las cuchicheantes lágrimas de las lámparas antiguas, los muertos reflejos de los muebles de caoba, el recogimiento conventual del caserón visitado por curas comadreros: una honda tristeza envuelve en su media luz la hora de queda que es forzoso dejar a un lado, pues, el progreso, con lenta seguridad, va limpiando ese moho sucio de vejez como el follaje nuevo de primavera los carcomidos gajos de los robles. Voy hacia la luz, dice Iris, porque otra cosa no puede hacer una mujer moderna que cree en la teosofía y ha publicado un libro en francés, pero es tan poética esa hora de queda, con sus campanas líricas, ya roncas, ya agudas, o mezcladas en concierto, con sus fraile terroríficos, con sus beatas atormentadas, con sus macizos caserones sin estilo, que sirven a los dibujantes para hacer hermosas portadas a libros no menos hermosos...

Es realmente Iris el más interesante tipo de escritora americana que haya conocido.

MARIANO LATORRE.